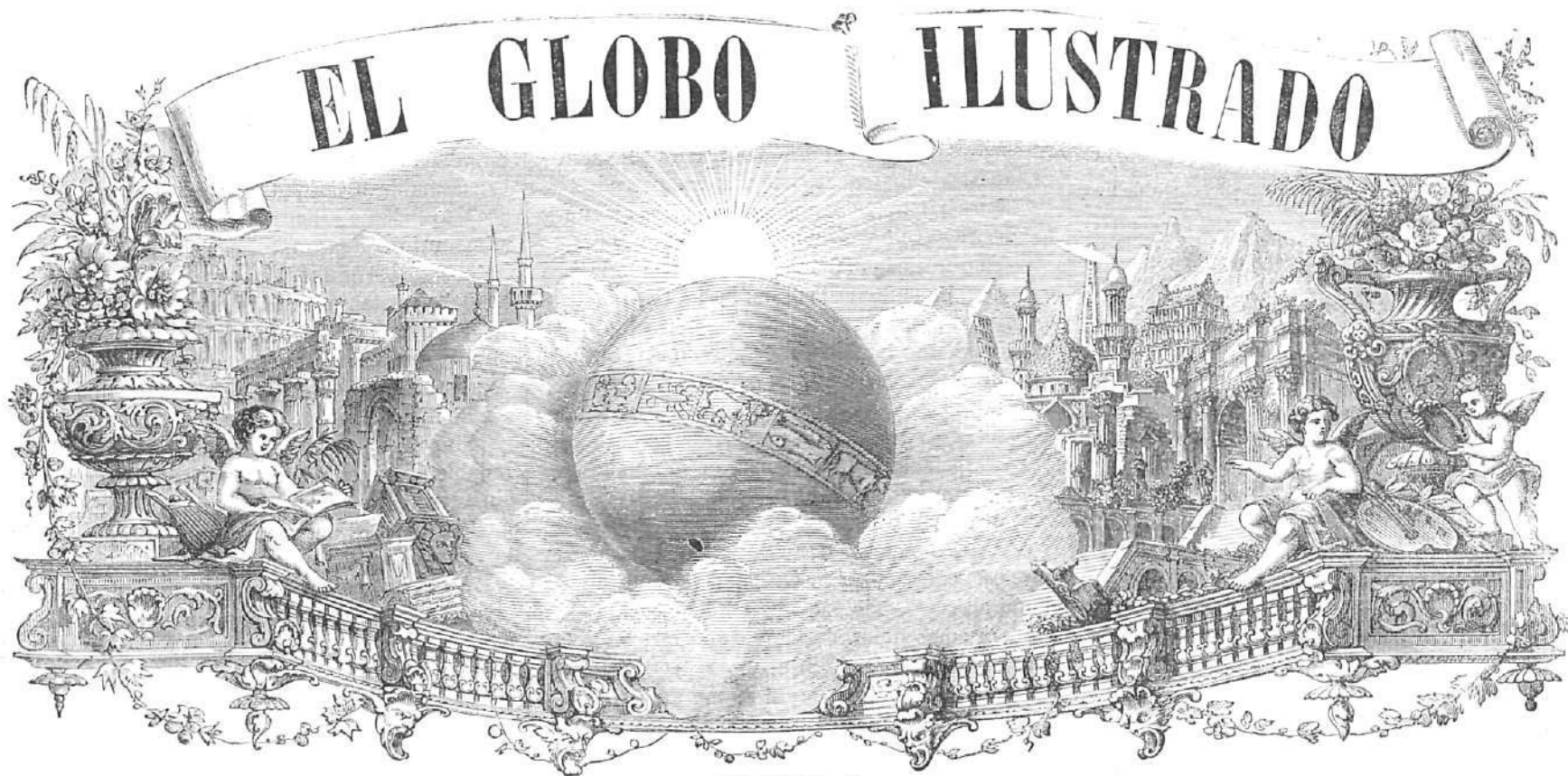




NUMERO 6

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Todos los meses se publican dos números de *El Globo Ilustrado*, y cada número consta de 16 páginas, ocho de grabados y ocho de texto. El precio de suscripción es en Madrid 4 rs. al mes y 40 por un año; en provincia 18 rs. al trimestre y 60 por un año; en París y en el extranjero 20 francos al año; en las posesiones españolas de Ultramar 4 pesos fuertes y en el resto de América 5 id., enviándose directamente por los vapores ingleses. Se suscribe en Madrid en el Establecimiento tipográfico del Banco Industrial y Mer-

CANTIL, y en todas las librerías; en provincia y en Ultramar en casa de los correspondientes de dicho establecimiento, ó directamente enviando letra del importe á la órden de los señores F. de P. Mellado y Compañía; en París en las librerías de estos mismos señores á cargo de Mr. A. B. Laplace, rue Séguier, 3, y calle de Rivoli, 75, y en casa de M. Denné Schmit, rue Favart, 2.

Los números sueltos se venden á 2 rs. en Madrid y 3 en provincia.



SUMARIO DEL NÚM. 6.

ARTICULOS. Contra soberbia humildad, por don DIONISIO CHAULIE.—Egipto. Fiestas en Alejandria en loor del establecimiento de la sucesion al trono, por L. BERNAL.—Viaje á Lorena de la emperatriz de Francia y de S. A. el príncipe imperial, por don EMILIO BORDELINO.—Las tres edades, poesia por don ANTONIO ARNAO.—El regalo de una madre, por D. M. SECO Y SELLY.—Condiciones del tocador para dar realce á la hermosura del bello sexo, por don SALVADOR COSTANZO.—Guerra austro-prusiana: la batalla de Sadowa.—Cristeta, novela original, por don ILDEFONSO A. BERMEO. (Continuacion).—Invasion de la langosta en Argel.

GRABADOS. Número 1. Página 81.—BATALLA DE SADOWA.—Episodio del combate en el bosque.—Los prusianos se apoderan de la artillería.

Número 2. Pág. 84.—EGIPTO.—Fiestas en Alejandria en loor al establecimiento de la sucesion al trono.

Número 3. Pág. 85.—NANCY.—El cortejo histórico sale de la plaza Carriere, despues de verificado el desfile en presencia de S. M., y entra en el antiguo Nancy.

Número 4. Pág. 88. La fortaleza de Koenigstein, en Sajonia, cercada por los prusianos.

Número 5. Páginas 88 y 89. Vuelta á Viena del archiduque Alberto, llamado de Italia para tomar el mando del ejército del Norte.

Número 6. Pág. 89. Fortaleza situada sobre el Danubio, frente á Klosternburg, para la defensa de Viena.

Número 7. Pág. 88. Avanzadas del ejército italiano cerca de Murtel-Fosio.

Número 8. Pág. 89. Baterías del ejército del Norte, situadas sobre el lago de Guardia.

Número 9. Pág. 92.—BATALLA DE KOENIGGRAETZ.—Aspecto del campo de batalla á las nueve de la noche.

Número 10. Pág. 92.—BATALLA DE GITSCHIN.—Ataque á la entrada del puente entre los prusianos, los austriacos y los sajones.

Número 11. Pág. 93.—BATALLA DE KOENIGGRAETZ.—La aldea de Libau, tomada por la infantería prusiana despues de un combate de dos horas.

Número 12. Pág. 93.—BATALLA DE GITSCHIN.—Los prusianos penetran en la ciudad de Gitschin y desalojan á los austro-sajones.

Número 13. Pág. 96. Ataque de la aldea de Zwi-tau por la vanguardia del 5.º cuerpo del ejército prusiano. La aldea está ocupada.

Número 14. Pág. 96. El príncipe real de Prusia con su Estado Mayor.

Número 15. Pág. 96. Llegada á Brusian de un convoy de víveres esperado por la guarnicion.

EL GLOBO ILUSTRADO.

CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

I.

Entre los mas aventajados discípulos del famoso pintor Diego Velazquez, se distinguia por su imaginacion brillante el jóven Gaspar de Villacañas, huérfano de un alferez de los tercios viejos de Flandes, que solo pudo dejarle á su muerte, acecida aun antes que pudiera sentirla el desamparado muchacho, un limpio acero, siempre leal á su dueño, y una larga cuenta contra las arcas del tesoro, tan cerradas para él durante su carrera militar, como abiertas permanecieron las heridas causadas en su persona por el hierro y el fuego enemigo.

Sin embargo, con algunas ayudas de costa que logró alcanzar, y la venta de su escaso dote y patrimonio, pudo la vinda atender á la material crianza de su hijo hasta dejarle en edad crecida, aunque desprovisto de todo recurso que por el pronto pudiera servirle de auxilio provechoso. Siguió acudiendo con solicitud constante al estudio del esclarecido artista que dejamos nombrado, y gracias á su generoso desprendimiento, que hallaba medios de socorrer la necesidad de Gaspar sin ofensa de su amor propio, iba sobrelevando una existencia precaria que no presentaba trazas de mejorar por ningún camino.

Un día por fin, hallábase Villacañas estasiado ante el precioso lienzo de las Meninas que su maestro acababa de terminar, cuando acertó éste á volver en ocasion que no debía esperarse, y no pudo menos de sentir regocijo al observar la contemplacion respetuosa en que vió sumido al inteligente mancebo.

—¡Qué tal! le dijo poniéndole la mano en el hombro ¿estudias ó criticas? ¿merece la obra tu aprobacion?

—Maestro, contestó el jóven, mal repuesto de su sorpresa, no puedo hacer otra cosa sino admirar á vista de los cuadros de vuestra merced.

—Pues yo aprecio mucho el parecer ajeno y quiero saber tu opinion acerca de esta pintura.

—Ya que me lo mandais, debo decir que la creo superior á cuanto hasta el día ha producido vuestro divino pincel.

—¿Contando tambien el cuadro de las Lanzas?

—Es admirable, maestro, pero le juzgo inferior á este.

—Discurro que no vas acertado; á pesar de que muy respetables varones piensan lo mismo que tú. Y ahora hablemos algo de tí. ¿Desearias hacer un viaje á Italia?

—Maestro ¿por qué trais conmigo chanzas tan crueles? Deje vuestra merced dormir en el fondo de mi alma ese violento deseo, irrealizable para un pobre desvalido. Si alguna vez, halagando fatales ilusiones he tratado de hacerme igual pregunta que vos acabais de formular, antes de responder á mi propio pensamiento he sentido en aquel instante vacilar la razon, perder el juicio su firmeza, y por dicha, confundida la inteligencia, negarse á comprender lo adverso de la fortuna y conservar una esperanza remota de realizar un imposible.

—Esa esperanza debe convertirse muy pronto en evidencia, si no quieres permanecer toda tu vida en el círculo de una inferior medianía, cuando puedes elevarte á la esfera del genio que Dios ha impreso en tu frente.

—Imposible, maestro; nací con mala estrella.

—Para el hombre animoso no hay suerte adversa.

—Nunca tuve apoyo ni valedores. Unicamente vos me habeis dado mas de lo que podia esperar, con vuestras lecciones y consejos.

—Y á ellos añadiré la cantidad de cien ducados y recomendaciones eficaces para los mejores artistas de Roma. Corto es el don, pero nada mas puedo ofrecerte, atendido lo escaso de mi caudal.

—¡Ah, señor! la pobreza es tambien una excelente maestra, y enseñado por ella podré con vuestra oferta arribar á la cumbre de la dicha que apetezco.

—A Dios, hijo mio, continuó Velazquez, estrechando al discípulo entre sus brazos. He aquí mi bolsa. Dentro de dos horas tendrás en tu poder las cartas prometidas, y luego culpa tuya será si no alcanzas la gloria, las riquezas ó importancia que te pronostico desde luego. ¡A Italia, pues, en busca de tu destino! Aquella es la patria de Rafael, Miguel Angel, Ticiano y Pablo Veronense; saluda con respeto los acabados modelos que produjeron; conocimientos llevas para estudiarlos con provecho y adquirir el estilo propio y original, que nunca puede alcanzarse con las lecciones de un solo maestro, aun cuando sea tenido por eminente en sumo grado.

II.

Describir las penalidades que á Gaspar le costó llegar á Roma y mantenerse allí dos años sin mendigar ni hacer cosa indigna de su decoro, seria imposible sobre fuera de propósito. Decimos imposible porque lo es ciertamente, en la mayor parte de los casos, averiguar de que manera vive el pobre.

Los que tenemos la dicha de abrigar en el corazón alguna fé, por muerta y apagada que sea, adoramos la mano providencial que bendice el escasísimo haber de los favorecidos de Jesucristo: á los que niegan la intervencion divina en los acontecimientos humanos, les invitamos á examinar

de cerca esta cuestion, y de seguro encontrarán en ella una enseñanza inesperada, si por ventura no les causa enojo ponerse en contacto con la miseria, tan repugnante siempre en lo físico y lo moral, cuando no se la considera á través del santo prisma de la caridad cristiana.

Ello fué que Villacañas, satisfecho á pesar de su penuria con las muestras de aprecio que le tributaban á porfia los profesores mas distinguidos, acallaba cierta noche la impertinente solicitud de su estómago, con la promesa de resarcir su ayuno á la mañana siguiente, al mismo tiempo que regresaba ligero al humilde albergue que le servia de morada.

Embebido en juiciosas reflexiones sobre lo saludable de la parvedad en materia de cena, cruzó sin advertirlo por delante de una callejuela, en la cual se oian ruidosas carcajadas y aplausos interrumpidos por acentos y súplicas lastimeras.

—¡Pardiez! exclamó entre sí; ayes dolorosos ó demostraciones de alegría, ya comprendo que puedan escucharse, pero mezclados unos con otras es cosa rara cuyo motivo no dejaré sin averiguar.

Enderezó por la calle, y no tuvo que dar muchos pasos para descubrir la causa que turbó sus meditaciones.

Un anciano transtiberino, segun el vistoso aunque modesto trage que le cubria, temblaba bajo el peso de los años, sin ablandar el villano corazón de cinco ó seis jóvenes, que tratando de obligarle á que los siguiese, le tenian acorralado contra la pared; siendo para ellos objeto de burla las súplicas del apurado viejo demandando piedad para sus canas á cada maltratamiento que le hacian sufrir.

—Es en balde cuanto diga: ha de venirse con nosotros á terminar la noche en casa de Julieta la Catanesa. ¡Bravo presente será este guapo mozo para las traviesas muchachas sus compañeras!

—¡Por la Virgen, señores, tened piedad de mí, que me hallo enfermo y cansado! decia el buen anciano casi arrasados los ojos en lágrimas. Hace rato que tuve precision de salir de casa y deseo volver pronto para sacar á mi Rosina del cuidado en que se hallará viendo lo avanzado de la hora y que tardo en regresar.

—Por la sangre de Baco, digo yo, repuso uno de los malandrines amenazándole con la punta de su baston, que si no caminas de prisa te hago saltar mas ligero que un búfalo de la campiña. ¡Se te ofrece vino hasta revolcarte por tierra y las caricias de unas chicas como perlas en compañía de seis caballeros, y aun te muestras esquivo; estampa de Sileno!

Al llegar á este punto juzgó Villacañas deber terciar en la cuestion, y saliendo á luz de la sombra que le habia ocultado hasta entonces, llegóse al grupo, desembozado y altivo, pues el atropello que presencié habia empezado á enardecer su sangre, y conteniéndose con trabajo dirigió estas razones á los pícaros en cuadrilla.

—Nobles señores, siento estorbar á vuestras mercedes, pero no puedo pasar de aquí sin rogarles en nombre de la memoria de sus padres, que dejen tranquilo á este pobre anciano, y marchen enhorabuena á continuar sus placeres donde bien les cuadre; si no tienen por mas conveniente recogerse á dormir, cosa que juzgo les seria muy provechosa.

Por el acento y construccion del pequeño discurso, conocieron luego la patria del nuevo adversario con quien tenian que habérselas, y como entonces todavía el nombre castellano era respetado por todas partes, holgáronse bien poco del descubrimiento, suficiente por sí solo á retraerles de sus malas intenciones, á no alentar al mas atrevido la superioridad de su número á responder con desenfado:

—Pues yo juzgo tambien, señor don Mendigo

fanfarron, que será muy conveniente á su salud, tomar la calle adelante, en silencio y sin volver la cabeza, pues de lo contrario ha de llover sobre sus espaldas tal diluvio de palos, que no baste á cubrirle todo el vuelo de su raida capa.

—Pesia tal, ruin y cautiva canalla, repuso Gaspar disponiéndose á romper con todos, que habeis encontrado la horma de vuestro zapato. ¡Pues á fé que el hijo de mi padre será capáz de ceder el campo ante solo un hombre de bien, mas la calle entera cuajada de pícaros no le darán cuidado alguno!

Y saliendo á lucir la brillante toledana, dejando á los primeros golpes á uno de los contrarios tendido en tierra maltratado, é inutilizados otros dos al poco rato, los demás encomendaron su salvacion á la fuga, dejando á Villacañas dueño del terreno, en compañía de su favorecido.

—Ea, querido abuelo, le dijo envainando la espada; asíos á mi brazo, y vamos en paz y compañía hasta vuestra casa.

III.

Llegaron al barrio de Transtebere, cerca de un pequeño edificio, en una de cuyas ventanas se oyó una voz dulce y temblorosa, que preguntó cuando pudo divisarlos á través de la oscuridad:

—¿Sois vos, padre mio? ¿Venís malo?

—Abre, Rosina. Gracias á Dios, y á este mancebo que me acompaña, nada tenemos que sentir.

El interior de la morada era limpio y revelaba un bienestar suficiente para no temer los apuros de la necesidad ni las inquietudes del poderoso. La mesa, preparada con extraordinario aseo, el pan blanco, y cierto estimulante olorillo, consuelo del apetito y recreo del olfato, que se difundía del hogar cercano, distrajeron repetidas veces las miradas y atencion de Villacañas antes de resolverse á dejar aquella cómoda vivienda donde tan bien hallado se encontraba.

—Señor mancebo, prorumpió el anciano cuando le vió dispuesto á partir; advierto que esos malvados han destrozado vuestra ropilla por muchas partes, y desearia la reemplazáseis con otra mejor, empleando en adquirirla estos seis escudos, que os ofrezco en prueba de mi agradecimiento.

—Es cierto, respondió el joven, procurando encubrir los agujeros de su traje; soy desconocido para vos, y teneis razon para considerarme muy ajeno de poseer naves en la flota de Indias; pero en adelante, buen hombre, aprended á distinguir el condottieri que vende su brazo á quien mejor le paga, de un hidalgo castellano que, roto ó vestido de paño nuevo de Flandes, acude siempre á socorrer al débil sin contar los enemigos.

—¡Oh, testa de hierro, corazon de príncipe! ¿os marchareis tambien sin ocupar esta noche un asiento en mi pobre mesa?

—Eso ya es hablar en razon; nunca fuí grosero ni amigo de melindres; acepto desde luego, y venga pronto esa cena, á quien prometo hacer los honores segun merece su fragante aroma.

No tuvo que repetir su deseo, ni pasó largo rato antes que hubiese adquirido el extranjero la simpatía del anciano y Rosina, en términos de renovar al viejo el sentimiento por la falta de un hijo, muerto hacia poco en la flor de sus años.

—¡Ah, si viviese mi Jacopo, exclamó dejando el vaso sobre la mesa, tendria cabalmente la misma edad que vos!

—Callad, señor, replicó Gaspar; no aumenteis con vuestra pena el dolor que siento al miraros, recordando la pérdida de mi padre y el estado lastimoso á que me veo reducido por esta causa.

—Luego rezaremos por entrambos, añadió Rosina, tratando de dar otro giro á la conversacion; ahora comed y no penseis en eso.

—No tengo mas apetito, hermosa niña, repuso Villacañas, alejando el plato que le acercaban.

En fin, unidos por los recuerdos, por la gratitud, y buscando unos en otros el apoyo y bien perdido, desde aquella hora quedó el huérfano admitido como miembro de la familia, bajo cuyo amparo pudo con desahogo adelantar en sus estudios hasta el punto de contarse en el número de los profesores de mas nota.

Por aquella sazon falleció el padre de Rosina, y sobre su cadáver admitió la doncella las protestas de amor con que Villacañas encendió en su pecho una pasion ardiente y concentrada, cual suelen por lo comun sentirse en los países del Mediodía, tan llenos de vida y agitacion.

Su retrato fué la primera obra maestra de Gaspar, y á contar desde aquella fecha prosiguieron sus triunfos y renombre, desvaneciéndole de tal manera, que apenas si le quedaba algun rato perdido que dedicar á la doncella solitaria.

Llegó á olvidarla enteramente, y si tal vez entre las delicias de un festin habia quien le preguntase:

—¿Y aquella Rosina, por quien dicen que estabais encaprichado, habeis vuelto á saber de ella?

Contestaba echándola de gran señor:

—¡Ah, sí; ya recuerdo! ¡era una transtiberina! No sé que la habrá sucedido. ¡Buen papel hubiera hecho á mi lado en los palacios de Roma!

Pero ocultaba la verdad. Sabia que la pobre joven, enferma de consuncion, espiraba solicitando de él una palabra de cariño, que se negó á tributarla, y supo tambien su muerte, acaecida la víspera de su regreso á España.

IV.

A la puerta del convento de padres Mínimos, sito en el desierto de Rivas, á orillas del Jarama, se detuvo cierto dia del año 1630, una brillante cabalgata compuesta de señores distinguidos. Era nada menos que el famoso Pablo Rubens y varios amigos de su confianza que, antes de marchar á cumplir una mision diplomática á la corte de Londres por encargo de la majestad de Felipe IV, habia querido visitar aquella santa casa, donde tenia sospechas se hallaban obras dignas de ser conocidas.

Deseando el prior agasajarle en todo, dióle por eicestone un hermano lego, afamado en la orden por sus conocimientos artísticos, y despues de haber examinado varios cuadros de mas ó menos importancia, llegaron á uno de los claustros donde se conservaban los de mayor estimacion. A golpe de vista conoció el célebre pintor lo relevante de algunos, y corriendo á buscar la firma, tuvo el sentimiento de no encontrarla por mas diligencias que practicó para ello.

—Vive Dios, exclamó indignado, esto es una bárbara profanacion: tales cuadros, donde se admiran la suavidad de Rafael y la fuerza de tonos de Velazquez, ¡quedar anónimos! Decidme pronto quien es el autor, para desde luego escribir su nombre al pié de estos lienzos, en que me honrará de poder estampar el mio.

Volvióse al lego extrañando su silencio, y encontróle erguido, pálido el semblante é iluminada su vista por un fuego sobrenatural. Repitió la pregunta, y solo pudo obtener algunas palabras trémulas y convulsivas.

—El autor ha muerto para el mundo.

—¿Qué dices? eso no puede ser: de orden de S. M. tendrás que revelarle.

—El rey de la tierra no tiene dominio sobre las almas.

—Existe aun otro poder supremo cuyas órdenes son sagradas: impetraré del soberano pontifice una bula dispensando los votos á tan rebelde artista.

Es preciso y conveniente para el esplendor de la religion.

Concluida la visita corrió el hermano lego hasta su celda, convertida en cuarto de estudio, con licencia del superior. Reunió en un monton los colores, pinceles, caballete, bocetos y cuantos objetos de pintura allí habia, lanzándolos despues por la ventana al Jarama, que pasaba lamiendo el muro.

Quedóse algun tiempo contemplando las aguas que volvieron á correr tranquilas, y despues, calmada su agitacion en el seno de un anciano sacerdote, fué investido con el cargo de portero del convento, el que murió desempeñando bastantes años adelante.

El mundo perdió tal vez un artista consumado, pero los ángeles en el cielo se regocijaron con la victoria alcanzada por Gaspar de Villacañas contra el pecado de la soberbia, origen de la espacion que consiguió llevar á cabo.

DIONISIO CHAULIÉ.

EGIPTO.

FIESTAS EN ALEJANDRIA EN LOOR AL ESTABLECIMIENTO DE LA SUCESION AL TRONO

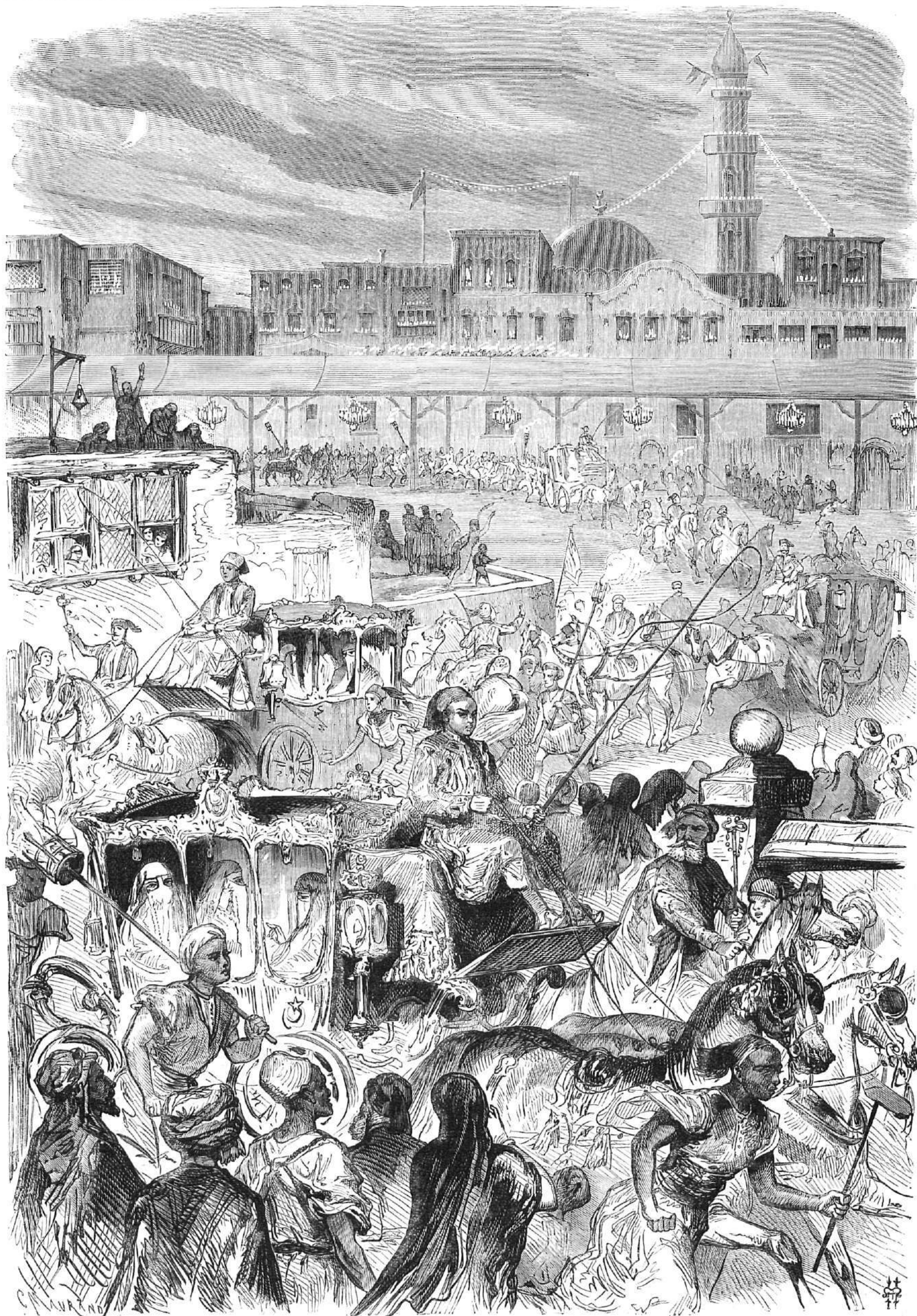
El 20 de junio á las nueve de la mañana el canon de los fuertes de Alejandria anunciaba el desembarque de S. A. R. El virey ha sido recibido en el patio del palacio que se encuentra situado á orillas del mar, por S. E. Cherif-Bajá, ministro de lo Interior y regente del reino en su ausencia, así como por los altos dignatarios presentes en Alejandria. Por la noche estuvo iluminada la ciudad y cubierta de banderas; á las nueve y media la reina madre y el *harem real* bajaban del palacio y atravesaban toda la ciudad en medio de fuegos artificiales. (Véase el grabado).

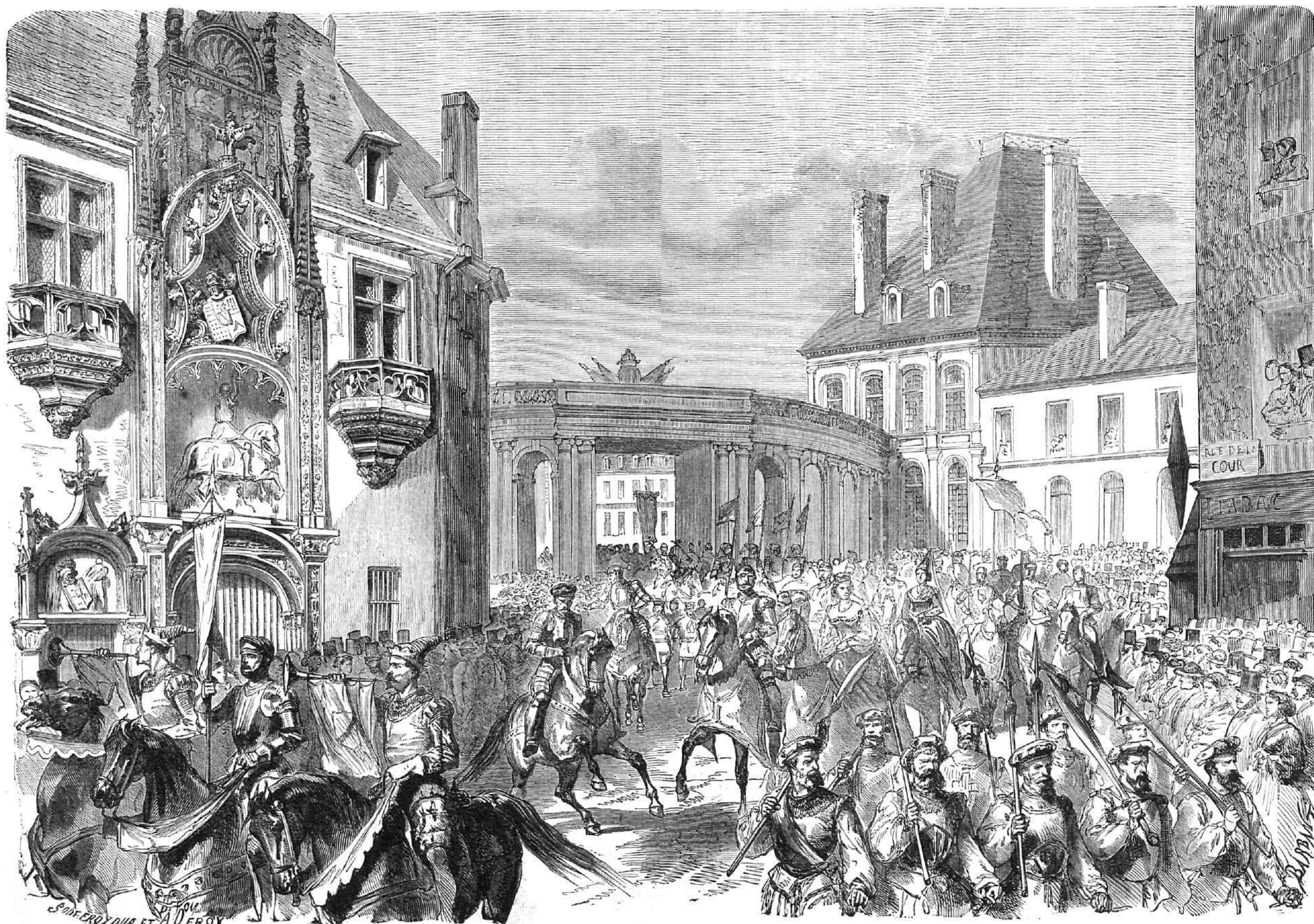
El 21 de junio estaba reservado para la recepcion oficial de los representantes de las naciones extranjeras; el cuerpo consular fué introducido primeramente y despues el cuerpo de los notables.

El 23, sábado, se verificó la lectura del firman que concede la sucesion directa al virey y á sus descendientes. El firman que cambia el orden de sucesion en Egipto, se ha dado en Constantinopla y ha sido revestido del *hatt* del sultan el 12 moharrem de 1283 (27 de mayo de 1866). Este documento principia por los dos considerandos siguientes:

«Considerando, segun la esposicion que tú nos has presentado, que la modificacion del acta de sucesion al vireinato de Egipto, establece en el firman del 2 de rebiaker de 1257 (1841), revestido del *hatt* imperial y dedicado al difunto Mehemet Ali-bajá, tu abuelo, para conferirle el vireinato de Egipto hereditariamente, y por otra parte, que la investidura y la atribucion para lo porvenir de este vireinato al mayor de sus hijos varones, despues al hijo mayor de este, es decir, la transmisibilidad exclusiva y directa del vireinato al mayor de los hijos varones del virey reinante, traería una administracion mejor á Egipto, y el desarrollo del bienestar de sus habitantes.

«Considerando además, que desde tu advenimiento al vireinato de Egipto, una de las provincias mas importantes de mi imperio, yo he sabido apreciar plenamente tus laudables esfuerzos para el desarrollo de la propiedad y del bienestar del pais, no menos que los testimonios de fidelidad y de adhesion sinceras que incesantemente has demostrado por mi gobierno, y que desde entonces mi alta benevolencia y mi entera confianza se han depositado en tí....»





Hé aquí en cuanto al nuevo método de sucesión, la disposición principal del firman.

«He decidido, digo, que en lo porvenir, se dé la investidura, como queda dicho mas arriba, al mayor de tus hijos varones, y sucesivamente sobre esta base al hijo mayor de los vireyes. Que si por muerte del virey reinante, este no dejase hijo varon, la regla de sucesión será para lo venidero y para siempre que el vireinato pase al hermano mayor, y á falta de este hermano, al hijo mayor del hermano mayor. Que el principio de exclusión de los varones por la línea de las mujeres será ahora observada como en el pasado.»

L. BERNAL.

VIAJE A LORENA DE LA EMPERATRIZ DE FRANCIA

Y DE S. A. EL PRINCIPE IMPERIAL.

Los periódicos franceses nos han anunciado el viaje por Lorena de S. M. la emperatriz de los franceses, acompañada de S. A. el príncipe imperial.

Entre los puntos que ha recorrido se menciona á Nancy, en cuyo punto tuvo lugar la oferta de las llaves. ¿Cómo llaves, cuando la ciudad está abierta?

Los carruajes de la corte, enganchados en Damont, eran mas numerosos que en Chalons, donde la emperatriz habia estado antes. El mariscal Forey, á caballo, ocupaba el lado de la portezuela del coche de S. M. La importancia del séquito imperial aumentaba á medida que se adelantaba la expedición, y las autoridades de los departamentos por donde atravesaba la corte se agregaban á la comitiva.

La emperatriz llevaba á su entrada en Nancy un vestido bordado sobre una falda color de rosa. El bordado ya se sabe que es la industria del país. El séquito bajó por la calle Estanislao, pasó por debajo de un bello arco triunfal de muselina blanca erigido por las bordadoras, y se dirigió á la catedral, donde cuatro prelados, entre los cuales estaba monseñor Darboy, arzobispo de París, echaron la bendición á S. M. y á su hijo.

A esto sucedió en la plaza el desfile de las corporaciones y de la municipalidad. Fué durante dos horas un espectáculo grandioso, ver á las poblaciones que acudieron á este sitio para saludar á su soberana. Allí se vieron á los tiradores francos, á los trabajadores de las salinas, á los obreros de las célebres cristalerías de Baccarat y á los de los talleres de Mr. de Meixmoron de Dombasle. Luego vinieron los aldeanos de Domremy, que ofrecieron á S. M. una bandera con la efígie de Juana de Arco.

Durante las dos horas que duró esta procesión de carrozas, de hombres y de caballos, la emperatriz y su hijo, de pié, delante del balcón, no cesaron de saludar, y tuvieron el valor de disimular su cansancio.

Al día siguiente hubo carreras de caballos, poco brillantes y mal ordenadas. S. M. la emperatriz no asistió á ellas.

Un banquete reunió doscientos cincuenta convidados en el antiguo palacio de los duques de Lorena. Despues de la comida, S. M. dió la vuelta por el salon con el joven príncipe, que entró en sus aposentos.

Hubo además un gran concierto, dado por los músicos reunidos de los cuatro departamentos de Lorena, que se verificó á las diez de la noche en un local construido espresamente en la plaza de Greve.

Una plataforma, cubierta de terciopelo rojo

sembrado de abejas de oro, se elevaba en el centro del inmenso anfiteatro, que contenia cerca de seis mil personas. En el centro de la plataforma estaba el trono de la emperatriz. Cien jóvenes vestidas de blanco, y otros tantos jóvenes, y cerca de doscientos instrumentos, se colocaron cerca de la residencia imperial.

Apareció la emperatriz, y saludaron su entrada con extraordinarias aclamaciones. S. M. iba vestida con un gusto exquisito. Despues de haber hecho con mucha gracia y finura una reverencia circular, se sentó. Despues de muchas aclamaciones, se restableció el silencio, y dió principio la cantata.

Su majestad la emperatriz escuchó con mucha complacencia todo el trozo musical, que tenia bastante mérito. Manejaba con una gracia verdaderamente española, un rico abanico, cuyos diamantes deslumbraban. En muchas ocasiones ella era la que daba la primera señal para los aplausos. Monsieur Gerolt, autor de la música, recibió de manos de la emperatriz una medalla de honor.

Al siguiente día la emperatriz visitó todos los establecimientos de beneficencia de Nancy y la iglesia del Buen Socorro, donde se encuentra el sepulcro de Estanislao.

La cabalgata histórica no ha sido el asunto menos brillante del festejo. Aun cuando se hizo esperar, la emperatriz y el príncipe imperial admiraron el lujo de los trajes desplegado por la juventud de Nancy. Nosotros presentamos el dibujo del séquito en el momento en que entra en el antiguo Nancy, y pasa por delante de la puerta del palacio ducal. Fué el único paraje donde la decoración estuvo en armonía con los personajes.

No tenemos que consignar para terminar todo lo que se refiere á Nancy, mas que el baile del ayuntamiento, que fué espléndido y lujoso.

E. BORDELINO.

LAS TRES EDADES.

SONETOS.

ADOLESCENCIA.

Madre, ¿qué valle es éste que en primores
Sobrepaja á las ansias del deseo?
En misterioso Edem hallarme creo:
Nunca pude anhelar dichas mayores.
¿Abren por mí sus cálices las flores?
¿Son para mí los frutos que aquí veo?
¿Me festeja con músico gorjeo
Ese tropel de pájaros cantores?
Si la ventura que do quier diviso
Con gratas seducciones me convida
Á morar en terreno paraíso;
Si el alma, de placer estremecida,
Goza de cuanto en sueños gozar quiso.....
¡Vivamos sin temor! ¡Bella es la vida!

VIRILIDAD.

¿Qué me quieres? Aparta de mi lado;
No más con tu puñal hieras mi seno:
Yo de tu influjo aciago estaba ajeno,
Desengaño traídor que me has burlado.
¿Por qué, di, con tu sople emponzoñado
Turbas mi corazón puro y sereno?
¿Por qué un valle de flores tan ameno
En desierto de espinos has trocado?
Ay! si este mundo que soñé de rosa
Cuando rayó mi alegre adolescencia
Por tu maldad en lágrimas rebosa;
Si la dicha se va con la inocencia,
Y la inocencia vuela presurosa.....
¿Qué carga tan pesada es la existencia!

DECREPITUD.

Pálido el sol de los postreros días
Se hunde en la noche de mi vida triste.

Mientras la muerte á mi penar asiste
El fin buscando de las ansias mías.

Pues no me restan gozo ni alegrías,
Pues hoy de duelo el corazón se viste.
Oh esperanza falaz que me vendiste,
¿Dónde está el bien que falsa me ofrecías?
Ay! todo muere. De la tumba el hielo
Cunde en mi sangre al fin: mis ojos cierra
Sueño tenaz con funerario velo.
Felicidad, el que te invoque yerra.....
Mas ¿eres tú? ¿Me llamas desde el cielo?
¡Y te busqué insensato por la tierra!

ANTONIO ARNAO.

EL REGALO DE UNA MADRE.

I.

No hace aun muchos años y en un pueblo de la preciosa y pintoresca huerta de Valencia, jardín de España que llaman algunos, vivía una familia que por una serie continuada de desgracias, llegara desde la opulencia á ocupar uno de los puestos mas bajos de la sociedad y á tener que esconder su miseria en aquel rincón olvidado de todos.

El señor Alfonso habia sido uno de los banqueros de mas fama de la coronada villa, pero la perfidia de uno de sus socios, que á costa suya se enriqueciera, le hizo declararse en quiebra, reduciendo considerablemente su fortuna. El cariño de su buena esposa Matilde y de su hijo Carlos, muy joven todavía, le dió fuerzas para soportar aquel golpe tan funesto, y realizando los pocos bienes que le quedaron, se retiró con ellos al pequeño pueblo donde vamos á conocerles ahora, dedicándose á cuidar por sí mismo de un pequeño huerto y algunas brazas de tierra que pudo salvar del naufragio de su fortuna.

Ya llevaban algunos meses de permanencia en el pueblo, cuando Alfonso, que no estaba acostumbrado á aquella vida de penalidades y trabajos, cayó gravemente enfermo, llenando de consternación á su esposa y á Carlos.

La enfermedad de Alfonso era mas bien del alma que del cuerpo, y el médico, á quien llamaron en seguida, no pudo dar con el mal, recetando las medicinas que á él le parecieron mas á propósito, y que, en sus buenos deseos de salvar al enfermo, creyó las mejores.

Nada, sin embargo, fué bastante para curar al ex-banquero; lentamente, como la luz que se apaga por falta de aceite, fué estinguéndose en su cuerpo el germen de la vida, y á los pocos días de haberse presentado el mal entregó su alma al Creador, dejando sumidos en el mayor desconsuelo á su esposa y al infortunado Carlos, que nacido sin duda con mala estrella, aunque joven, comenzaba ya á apurar el cáliz de la amargura.

Matilde, incansable durante la enfermedad de su esposo, habia adquirido á la muerte de éste una profunda melancolía, que apenas bastaban á endulzar las palabras y consuelos de su joven hijo.

Este, que aunque no tenia edad bastante para ello, comprendió toda la gravedad del peso que la muerte de su padre habia dejado caer sobre sus hombros, se decidió á trabajar para ser útil á su madre.

Pero, ¿qué hacer á su edad? Los rudos trabajos del campo difícilmente hubiese podido soportarlos, porque su constitución débil y enfermiza no se lo hubiera permitido mucho tiempo, así es que no quiso dedicarse á ellos.

Con los estudios que comenzara antes de la época de su desgracia, tenia bastante para poder ganar un pedazo de pan en cualquier oficina ó tienda de comercio, pero en la aldea no habia nada de esto y tenia que abandonar á su madre.

Decidido al fin se preparó para marchar á Valencia, donde esperaba encontrar una colocación,

merced á algunas cartas de recomendacion que le diera el buen párroco compadecido de su desgracia, y fijó el día de su partida para uno de los primeros del mes de mayo.

II.

¡Bendito seas, mes de las flores! bendito tú, que vuelves la alegría á los campos, el contento á los corazones buenos y las flores á los prados!

¡Bendito tú, que anuncias la llegada del estío con sus doradas mieses, que derrites la nieve de las montañas, que dejas correr murmurantes los cristalinos arroyos!

Los que aman las flores con que engalanas los prados te saludan; los que tienen fé en el corazón te apellidan el mes de María.

Todo era alegría y contento en la aldea, y solo Carlos y su madre estaban tristes. Llegaba ya el momento de la partida, y quién sabe si Matilde volverá á ver á su hijo.

La víspera del día que con tanto temor vieron aproximarse, se hallaban ambos sentados debajo del emparrado del jardín que á espaldas de la casa se extendía, y hablaban de esas mil nimiedades que una madre y un hijo tienen siempre que decirse cuando van á separarse por algún tiempo.

—¿Me escribirás á menudo? decía Matilde estrechando contra su seno la rubia cabeza de Carlos.

—¡Oh! todos los días, contestó éste estampando un beso en la frente de su madre.

—¿Y me contarás todo lo que hagas, todo lo que pienses?

—Sí, madre mía, todo.

—Eso es lo que yo quiero, hijo de mi alma, porque así serás bueno, te acordarás de mí y oirás mis consejos. Ahora toma este medallón; es lo único que puedo darte, pero su santa imagen te ayudará en tus penalidades.

Y Matilde dió al joven un medallón de plata que representaba la imagen de la Virgen del Carmen.

—Guárdale siempre, y cuando sufras, cuando el desaliento acabe con tus fuerzas, cuando te encuentres abandonado, reza ante él, acuérdate de tu madre, y el sufrimiento se trocará en dicha, el desaliento en animación para concluir tus trabajos, y el abandono desaparecerá porque la Virgen estará contigo, y por tí rezaré yo al cielo uno y otro día y le pediré que te ayude, que te fortalezca, que no te abandone jamás. Antes de deshacerte de él piensa en mí, y primero la miseria mas horrible te rodee, primero el hambre te haga desfallecer, primero la muerte que separete de él, porque en tu última hora la Virgen y tu madre estarán contigo.

Las lágrimas corriendo en abundancia por sus mejillas y los sollozos que salían de su pecho interrumpieron á Matilde; solo pudo abrazar á su hijo, que también lloraba, y cayó de rodillas elevando al cielo fervorosa súplica por aquel que iba á abandonarla por primera vez.

Para vosotras las madres que habeis visto partir muy lejos á vuestros hijos, es para quienes escribo.

A vosotras os cuento esta historia, porque nadie, nadie en el mundo, comprenderá las agonías de una madre mejor que vosotras; porque ninguno sabrá lo que sufren vuestros corazones en esos momentos; porque nadie sabrá explicarse lo grande, lo inmenso de vuestro sacrificio.

Matilde era madre, Matilde veía alejarse á su hijo, al fruto de sus entrañas, al amor de su alma, amor de los amores, que ha dicho un celebrado escritor, y su dolor era inmenso.

No hay palabras con que expresarlo y mi pluma es harto torpe para ello; por eso me he dirigido á vosotras las que habeis tenido hijos, las que los teneis aun, para que comprendais el sufrimiento

de aquella madre, el dolor que destrozaba su pecho.

Poneos en su lugar y pensad si la súplica que elevaba al cielo sería fervorosa, si nacería de lo mas hondo de su corazón.

Cuando concluyó de rezar enjugó las lágrimas que con tanta abundancia humedecían sus mejillas, y se levantó para concluir de arreglar el equipaje de su hijo.

III.

Carlos salió al fin de su aldea y llegó á la ciudad de las flores, impresionado aun con la tierna despedida de su madre.

Solo, perdido en aquel inmenso océano, él, que estaba acostumbrado á la quietud de su aldea, empezó á comprender cuán poco valía y cuán verdadero era el dolor que su madre sintiera.

El primer día le pasó vagando por las calles sin dirección fija, calenturiento, mirando á cuantos pasaban por su lado como un loco, y cuando la noche comenzó á tender su manto de estrellas sobre la ciudad del Cid se acordó mas que nunca de su madre, porque oyó el melancólico son de las campanas, que llamaban á los fieles á la oración, y á su alrededor, en vez de campesinos que se descubrían con religioso respeto al oír aquel toque, solo vió gentes que cruzaban en todas direcciones, mujeres que salían de las fábricas y talleres, carruajes que corrían al trote de sus caballos, y ni uno solo que se parase al oír el toque, ni uno solo que, como él, descubriese la cabeza para rezar por los que un día fueron nuestros hermanos.

Al verle en una esquina con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos levantados al cielo en actitud de orar, dos jóvenes alegres y vivarachas que pasaban por su lado se pararon á mirarle, como si el pobre Carlos fuera un espectáculo raro.

—Mira, dijo una de ellas, no parece sino que está loco.

—Calla, replicó la otra, el águila de mayo hace crecer el pelo y se está así esperando que llueva.

Y las dos jóvenes continuaron su camino lanzando alegres carcajadas.

Carlos las había oído y un mal pensamiento cruzó por su mente.

—¿No tendrán fé en el corazón? murmuró.

Y como si aquella pregunta hubiese hallado contestación en su corazón mismo, se puso el sombrero y emprendió su camino murmurando:

—No puede ser: se rien de mí porque aquí no se siguen las costumbres de la aldea. Verdad es que allí no son tan civilizados, pero son mas buenos!.....

Y Carlos, al concluir su monólogo, se encontró en la puerta de su posada. Entró, subió á su cuarto y empezó á escribir á su madre.

Bien quisiera poder trasladar aquí aquella carta, porque con solo leerla el escéptico creería en la virtud, el ateo temería á Dios, el indiferente le amaría y el bueno sentiría correr sus lágrimas; pero aquella carta llena de defectos, que rebosaba ternura y amor, es demasiado larga para que se la pueda copiar entera. Oid, sin embargo, algunos de sus párrafos y juzgad por ellos.

Carlos contaba primero á su madre sus impresiones de viaje, su entrada en Valencia, y luego añadía:

«¡Cuánto me he acordado de mi pobre aldea al entrar en Valencia! No lo digo porque sus casas sean mas bonitas, porque sus calles sean mas anchas, porque sus habitantes vistan con mas gusto que nuestros pobres campesinos, sino porque al entrar en la iglesia á dar gracias á Dios por el feliz término de mi viaje, he visto un templo anchuroso, magnífico; pero frío, sin la alegría de nuestra iglesia, tan blanca y tan pequeña. Aquí hay mucho lujo en los altares, soberbias obras de arquitectura; pero no hay lo que en nuestra aldea.

Al entrar en una iglesia de aquí se siente uno sobrecogido, tiene miedo de lo que ve porque no hay quien rece con él, porque las estensas naves están frías, oscuras, porque las caprichosas sombras de las anchas columnas infunden pavor al alma, y en nuestra aldea no hay nada de esto. Sus paredes blancas y limpias siempre; su altar pobre, es verdad, pero adornado con las mayores riquezas de esos pobres aldeanos, con las flores de sus huertos, infunde mas ternura, mas amor á la Virgen, y aquí todo es misterio, oscuridad. No hay un rayo de sol que disipe aquellas tinieblas.»

Después la refería su largo paseo por las calles, su admiración al ver tantas riquezas en las tiendas, tanto lujo en los palacios, y añadía como si el haber escrito aquello le pesara:

«Ciertamente que hay muchas riquezas, cierto que aquí el hombre que tiene dinero creará pasarle muy bien porque nada le falta; pero ¿qué quieres? madre mía, aunque soy tan joven, un niño tal vez, ese lujo, esas riquezas no me llaman la atención, no han logrado ocupar mi imaginación mas que un momento, el solo momento de verlas. ¿Acaso serán mas felices que lo hemos sido nosotros esos hombres que tienen magníficos palacios, que se pasean en lujosas carretelas y que viven nadando en la opulencia? ¡Oh, no es posible creerlo! Si me ofrecieran ahora mismo todas las riquezas de uno de esos hombres á cambio de nuestra eterna separación, aun cuando supiera que tú eras feliz creyendo que yo lo era por tener algunos millones, lo abandonaría todo por correr á estrecharte entre mis brazos. Madre mía, esa es la verdadera felicidad, porque el oro, aun proporcionándonos los mayores placeres del mundo, no puede darnos la paz del alma, la tranquilidad de la conciencia, el amor de una madre.»

Por último Carlos contaba lo que había oído decir á las modistas y concluía su carta de este modo.

«Sí, madre mía, sí; se han burlado de mí porque delante de ellas y de Dios que nos miraba, he rezado por el alma de mi padre. La súplica religiosa de un hijo, la han tomado por la acción estúpida de un loco. Yo me ahogo aquí, porque si todos son lo mismo, si no hay lo que en todos lados se encuentra en nuestra aldea, mi alma oprimida, romperá los lazos que la unen á la tierra y huirá de un sitio donde solo hay escepticismo, frío en el corazón.

»Acabo de besar la imagen de la Virgen, regaló-tuyo, y me siento con mas fuerzas para continuar mi obra. ¡Quiera Dios que pueda concluirla como tú desees y que vuelva á abrazarte antes de mucho tu amante hijo

CARLOS.»

IV.

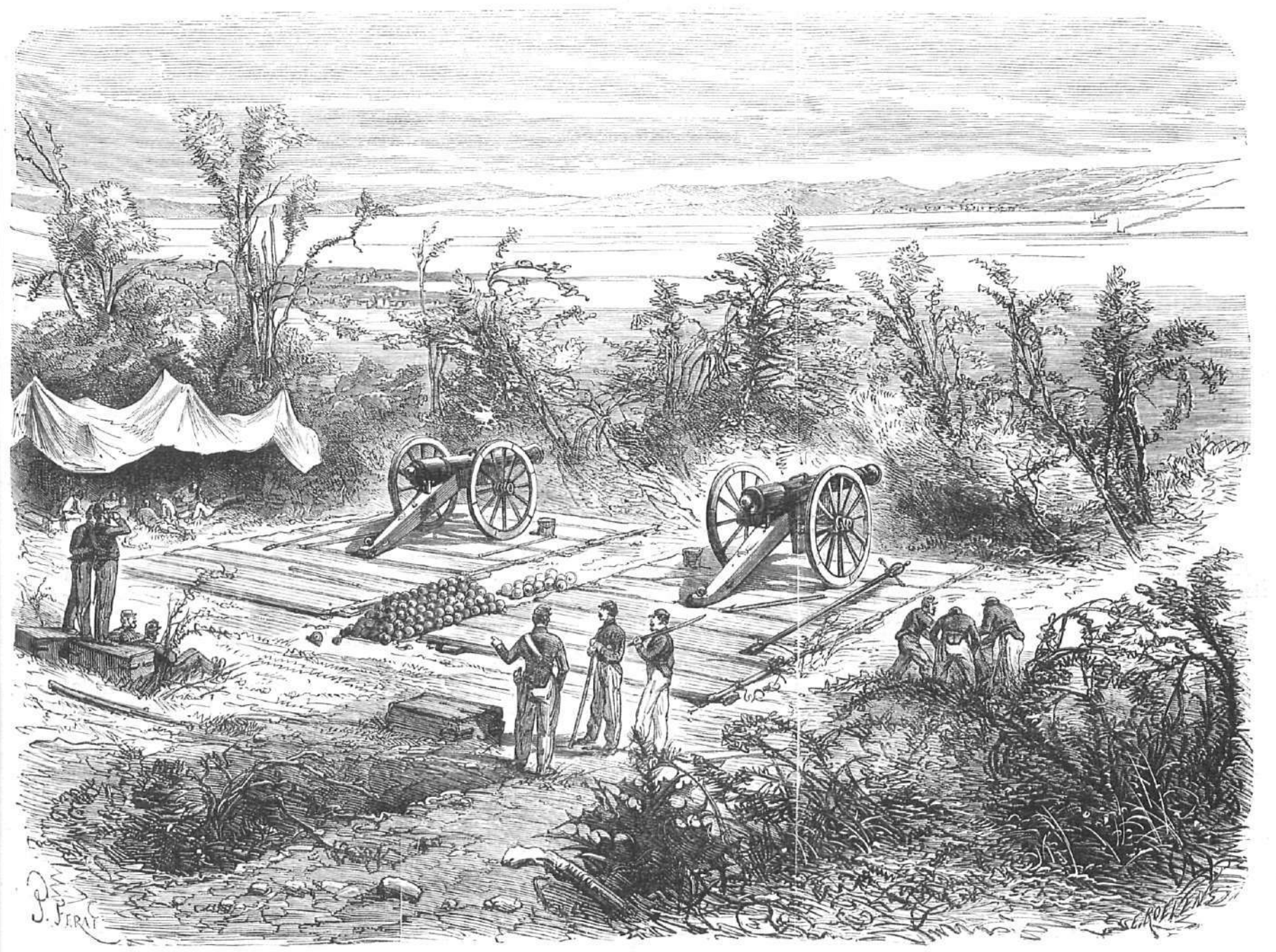
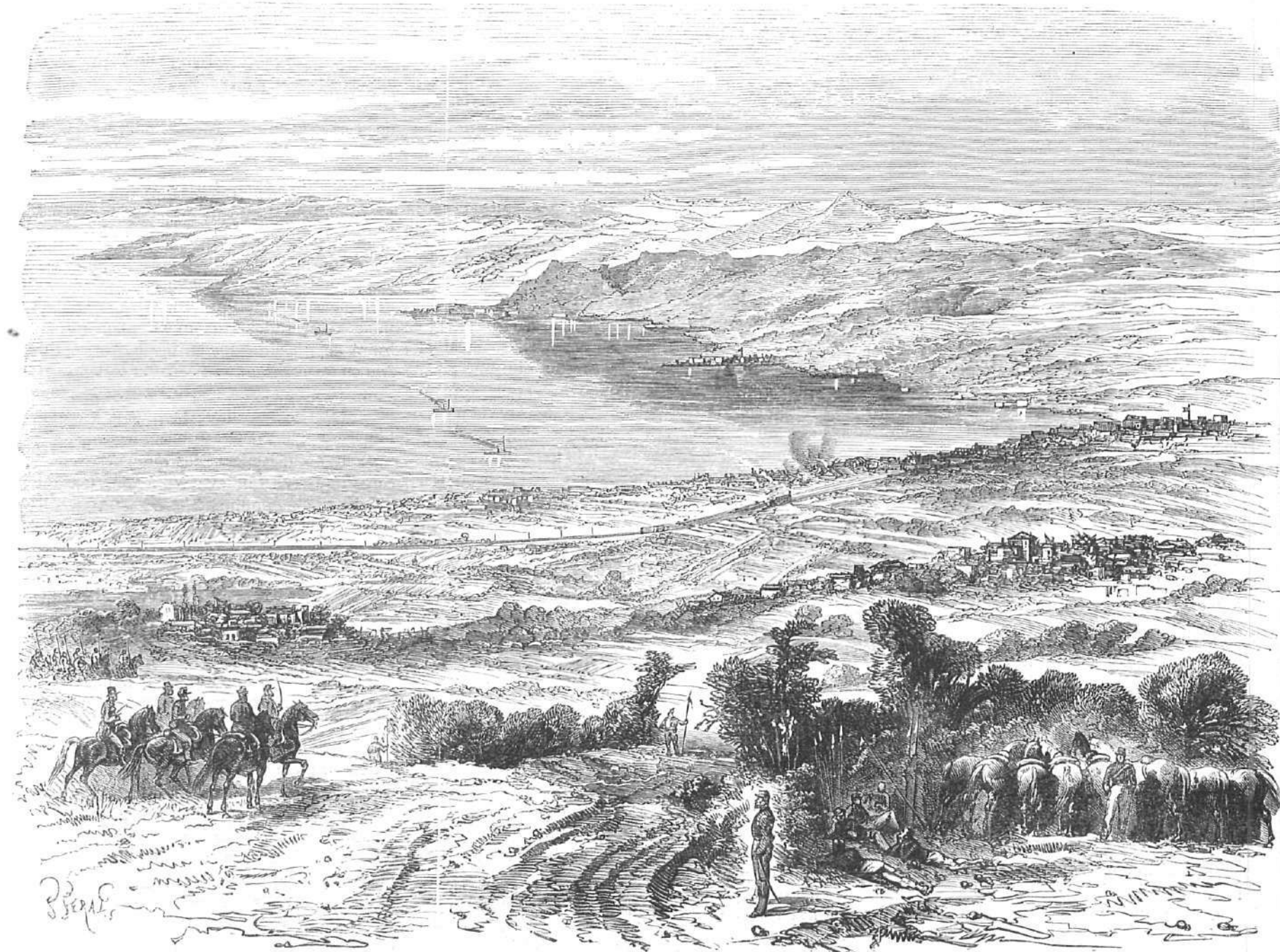
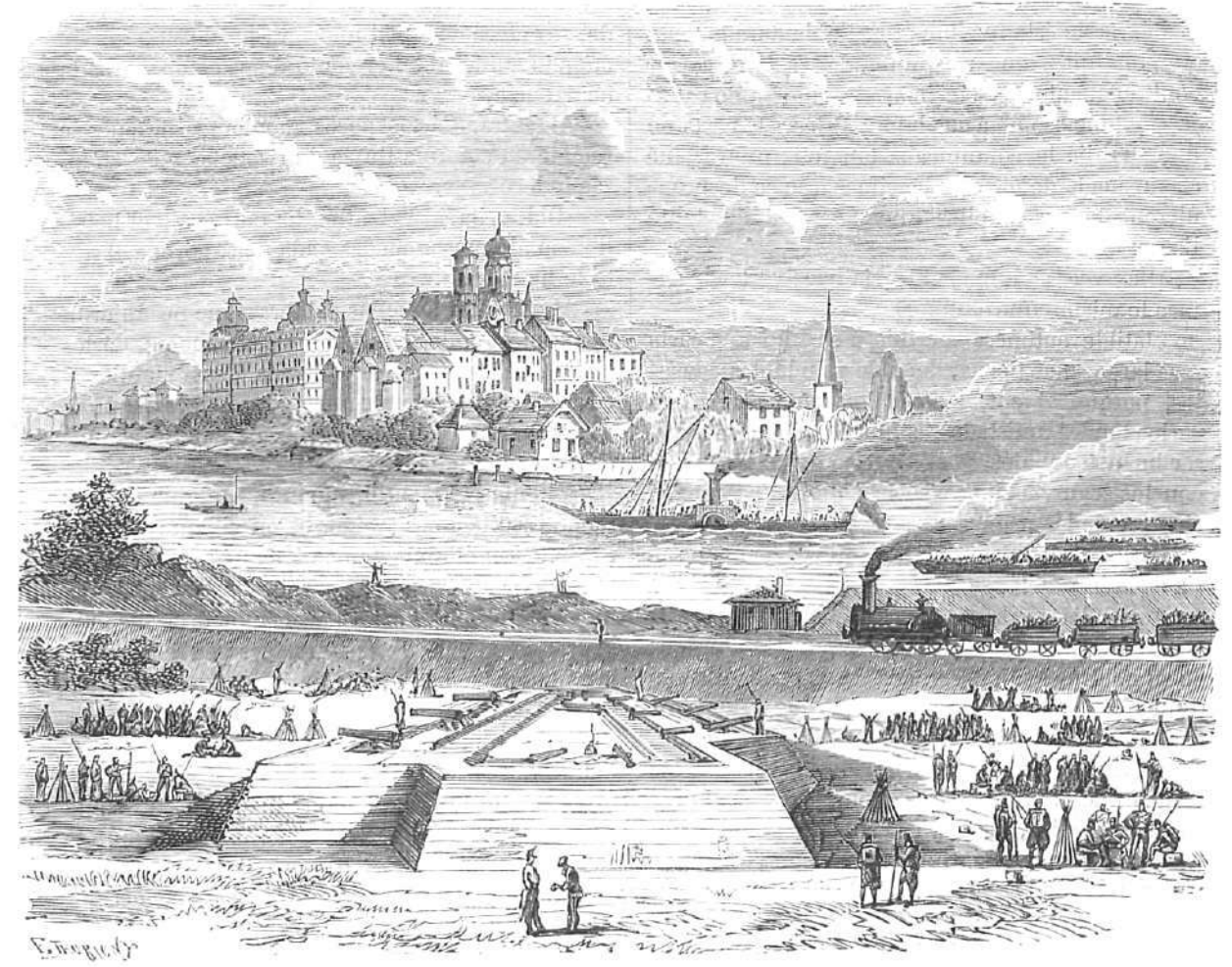
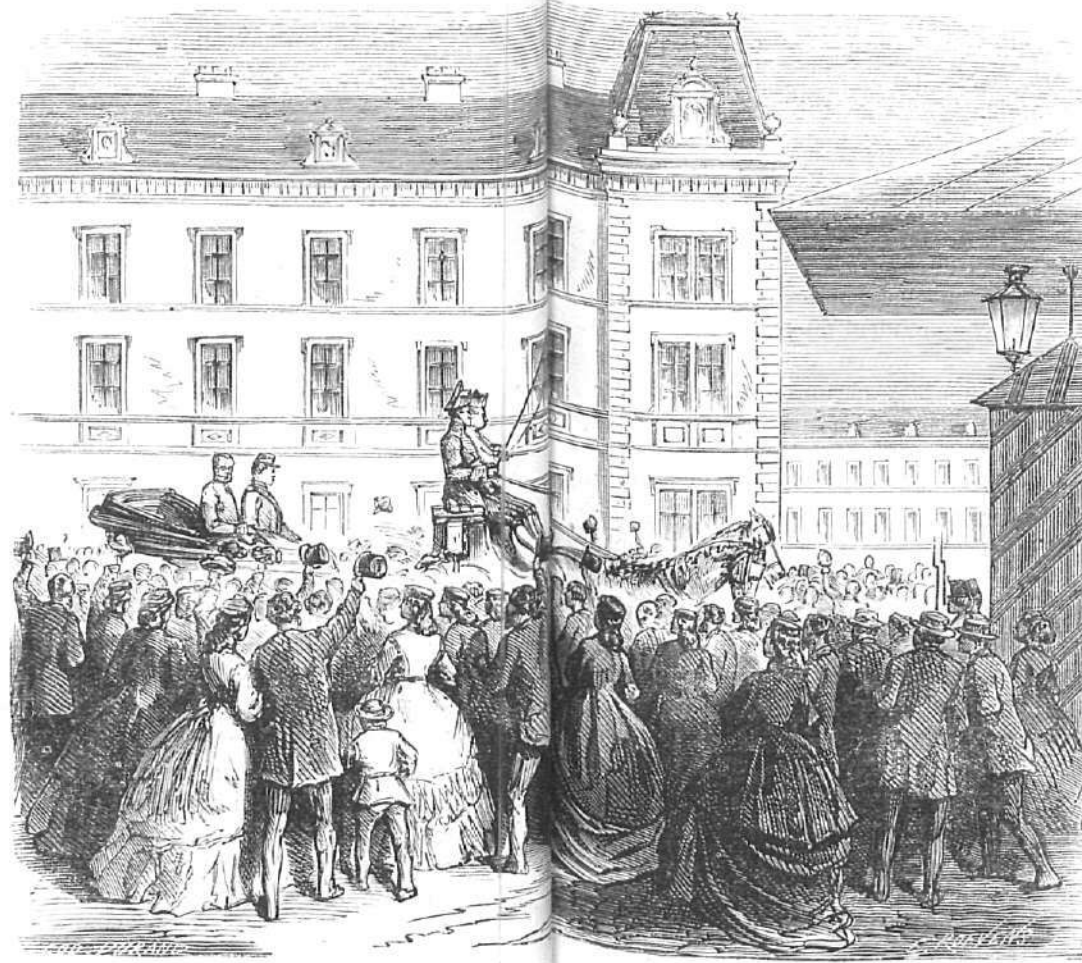
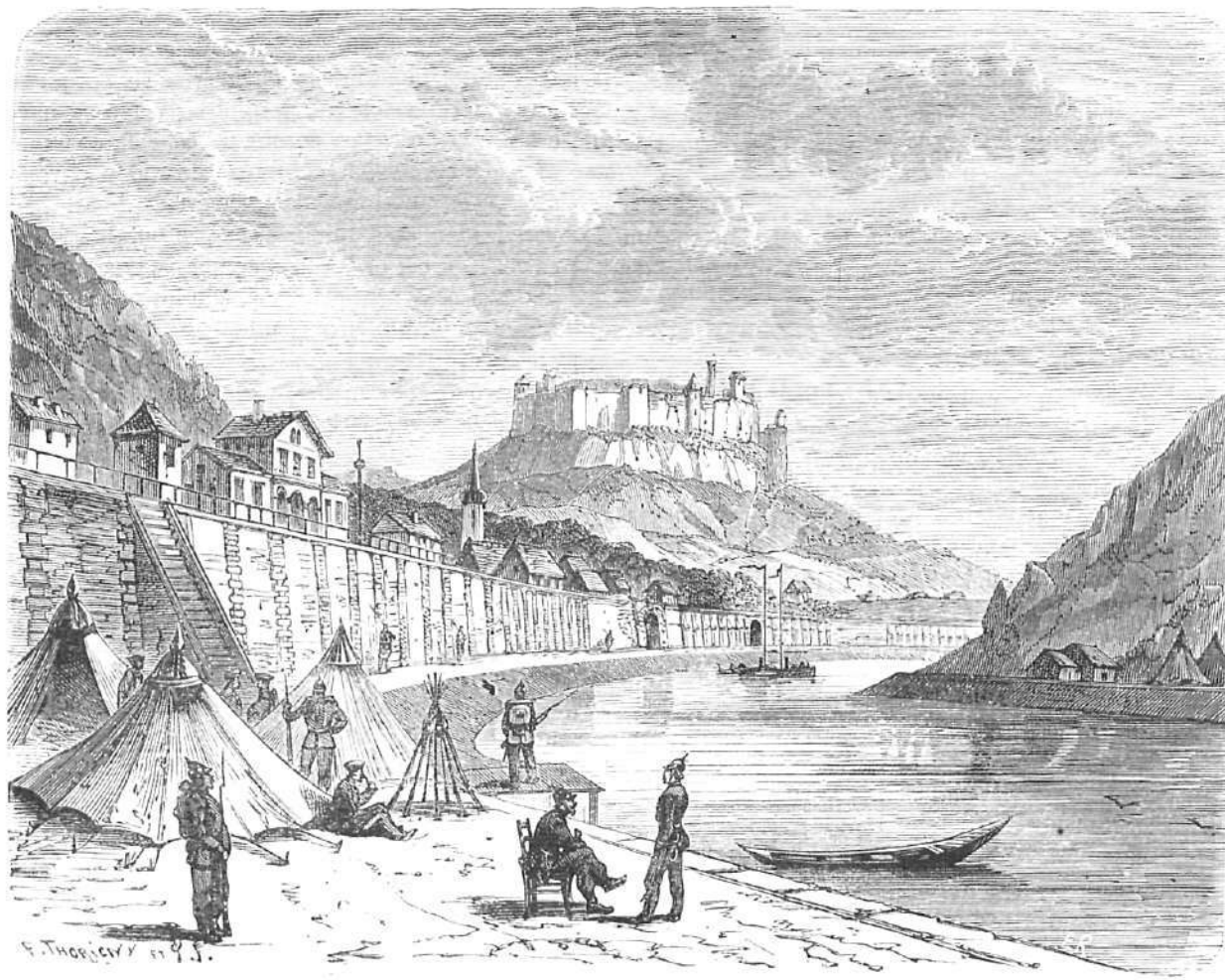
Dos días llevaba ya Carlos en Valencia y aun no había conseguido lo que con tanta ansia deseaba. Las cartas de recomendación del cura, entregadas una después de otra, solo habían dado lugar á frías contestaciones y aun á rotundas negativas.

El joven lo sufrió todo con santa resignación, y cuando no le quedó ya ninguna carta, se dedicó á buscarse por sí mismo una ocupación con que poder vivir él y ayudar á su pobre madre.

Uno tras otro se pasaban los días sin que Carlos consiguiera nada y así se pasó un mes también, pero al fin Dios se compadeció de aquel infeliz y pudo hallar una ocupación.

Un impresor que había despachado días antes al corrector de pruebas, le admitió como tal, dándole diez reales diarios y ocupación para todo el día.

El joven lo escribió en seguida á su madre y



la alegría de ésta fué inmensa. Había llorado tanto aquellos días, que acostumbrada ya á ver correr continuamente sus lágrimas, la sonrisa de satisfacción que asomó á sus labios al leer la carta en que su hijo le comunicaba tan feliz nueva, fué acompañada de gruesas lágrimas que se desprendieron de sus pupilas quemadas ya de tanto llorar.

¡Hay veces en que la alegría hace verter lágrimas lo mismo que el dolor!

Matilde entonces escribió á su hijo una carta mas larga, mas tierna, llena de saludables consejos, porque al entrar en la imprenta, decía, mi Carlos tendrá amistades, compañeros que puedan ser buenos ó malos, y es preciso evitar que vaya con los segundos y aconsejarle que se acompañe siempre de los primeros.

Carlos recibió la carta de su madre cuando salía de la imprenta.

Aquel día aun no había conocido á sus compañeros, aun no sabía quienes, segun los consejos de su madre, podían ser sus amigos, ó solo sus compañeros de taller; pero cuando llegó á su casa, cuando se encontró solo en su modesta habitación, pasó revista en su imaginación á todos los oficiales de la imprenta y concluyó por decidirse por uno de ellos, que aquel día le había enseñado cuales eran sus obligaciones y que con tanta finura y amabilidad se había portado con él.

—Aquel debe de ser el mejor de todos, porque los otros se burlaban de mí y él ha sido tan bueno, tan amable.... ¡Oh! madre mia, ten seguro que tu hijo sabrá seguir tus consejos lejos de tí, como si estuvieras á su lado.

Y al concluir este monólogo, Carlos comenzó á desnudarse, rezó sus oraciones, que había aprendido de su madre y se acostó en seguida.

Poco despues dormía apaciblemente, soñando sin duda con las alegrías de su niñez.

V.

Dos meses pasaron sin que en la vida de Carlos, siempre igual, se hubiera notado alteración alguna.

Aun cuando se había ido acostumbrando á la agitada vida de la ciudad del Cid, no había echado en olvido los sanos principios de moral que su madre le inculcaba y continuaba cumpliendo religiosamente con sus deberes y no dejaba un solo día de rezar por el alma de su padre.

Aquella virtud intachable había servido mas de una vez para provocar la risa de sus compañeros, que criados en el vicio casi todos ellos, veían con muy malos ojos el que Carlos mereciese siempre las mas cariñosas distinciones de su principal, debidas todas ellas á su honradez y probidad.

El compañero á quien Carlos desde el primer día había escogido por amigo, si bien procuraba las mas veces calmar las iras de los demás operarios cuando se enfurecían contra él, solía tambien tomar parte en las pullas, cuando se burlaban de que el pobre jóven en vez de ir al baile, iba á la novena ó al sermón.

Carlos, que lleno de fé y sentimiento y creyendo que todos los hombres eran como él, había depositado toda su confianza en su amigo Valentin, conoció bien pronto cuan indigno era de ello, porque en vez de ayudarle y consolarle en sus aflicciones, concluyó por ser el jefe de las burlas que contra el pobre Carlos se dirigían continuamente.

Un día Carlos se había encontrado al ir á la imprenta un bolsillo de seda verde que contenía algunas monedas de plata; al entrar en la tienda, se lo presentó á su principal, rogándole que publicase aquel hallazgo en los periódicos por si acaso parecia el dueño.

Valentin, que se encontraba tambien en la tien-

da, se enteró de aquel nuevo rasgo de su amigo y cuando subió al taller contó á sus compañeros la ocurrencia.

Al entrar Carlos pocos momentos despues le recibieron con una lluvia de risotadas y de chanzas indecorosas.

—Oid, gritaba Valentin, ha entregado el bolsillo con algunas monedas nada mas, porque el resto lo ha robado.

Al escuchar aquellas palabras que produjeron una explosión de risas en sus compañeros, Carlos sintió que la sangre se agolpaba á sus mejillas y ciego ya, sin poderse contener, se acercó al que se llamaba su amigo y que de tal manera le insultaba y con voz agitada, replicó:

—Mientes, Valentin, mientes, y el que de ese modo insulta á sus amigos es un villano.

Valentin al oírse llamar villano delante de todos sus compañeros, al verse desmentido de aquel modo por el que él creía hacer juguete de sus burlas, se dejó llevar de sus impulsos pendencieros y levantando la mano, enrojeció aun mas de lo que estaban, las mejillas de su amigo.

—¡Cobarde! murmuró éste llevándose ambas manos al rostro.

—¡Aun te atreves á llamarme cobarde! rugió Valentin, dejándose arrastrar de la cólera, ¡aun te atreves á insultarme!

Carlos, que no hubiera querido que la cuestión pasara adelante, guardó silencio, y Valentin, que tomó aquello por un nuevo insulto, se dirigió otra vez hacia él y cogiéndole por un brazo:

—Esta noche te espero en la Alameda, dijo, veremos si allí sabes insultarme como aquí.

Carlos no era cobarde; había guardado silencio por evitar un conflicto, pero al oír las últimas palabras del cajista comprendió que era llegado el momento de tomar una resolución y dirigiéndose á él, murmuró:

—A las siete te esperaré en la Alameda.

Y salió del taller, mientras sus compañeros celebraban con chistes y risotadas la cobarde acción de Valentin.

(Se concluirá.)

M. SECO Y SHELLEY.

CONDICIONES DEL TOCADOR

PARA DAR REALCE Á LA HERMOSURA DEL BELLO SEXO.

Las elegancias, las gracias, las modas, las cortesías se han perfeccionado mucho en este siglo, y han adquirido brillo é importancia: los ferrocarriles y los buques de vapor nos traen del Egipto, de la Arabia, de la India, de las Américas, de la Oceanía, con una rapidez desconocida por los pueblos mas civilizados, opulentos y lujosos de la antigüedad, los cosméticos mas raros, los perfumes mas preciosos, las esencias mas peregrinas, y todo lo que pueda ennoblecer y engalanar á las señoras. Que su tocador esté siempre abastecido de botes á centenares, llenos de pomadas de rosa, de jazmín, de vainilla, de cacao para suavizar el pelo y darle lustre; de cremas de almendras amargas y de caracol; de pastas de harina, de avellana y de malvavisco para despojar de granos el cutis y hermosearle; de frascos de agua de flor de naranja, de rosa, de colonia y de lavanda; de botellitas balsámicas de menta y mil flores para enjuagar la boca; de esencias de ámbar, de almizcle, de musgo y miel de Inglaterra para perfumar los pañuelos y los vestidos; de cepillos para los dientes y para las uñas; de sortijas, zarcillos y alfileres preciosos, adornados de esmeraldas, de topacios, de zafiros y de otras ricas pedrerías; de largas cadenas de oro y plata artificiosamente esmaltadas, y de relojes

primorosamente cincelados; de aderezos esparcidos de diamantes y de las perlas blancas y transparentes de Golconda; de trajes lujosos y variados, y de todos los demás adornos que puedan embellecer y agraciarse la persona. Nada diremos del abanico, parte integrante del tocador; nada diremos de ese cetro del bello sexo, porque los que hayan recorrido las columnas de los números anteriores, no habrán dejado de admirar el elegante y chistoso artículo inserto en ellas sobre un abanico, cuya historia, que comprenderá tal vez la de todos los abanicos en general, promete darnos el autor mas adelante, aunque se la revele en sueño el dios Morfeo.—Pero seguimos nuestra tarea sin mas digresiones.

La ciencia del tocador es muy complicada, y para profundizarla se necesita estudio, mucha disposición á la galantería, y un gusto naturalmente delicado, esencialmente exquisito. Cada señora, que tenga en su tocador un grande espejo muy claro, muy limpio, muy terso, para que aprenda, mirando su propia imagen, á componer y descomponer sus gestos con elegancia, con gracia, con ligereza; á aliojar ó dar brío á sus miembros flexibles y delicados; á volver y revolver con hechizo sus ojos, ya dándoles un tono de languidez y ternura, ya de alegría ó fingido desden, ya de sarcasmo picaresco ó malicioso. Mida cada señora delante de ese espejo afortunado sus pasos; mida el vuelo de los trajes de terciopelo ó de lucida seda, que dan mas brillo y realce á su hermosura: aprenda á coger, á manejar, á desplegar con lindeza, gracia y soltura su rico pañuelo de la India ó de fina holandesa. Pero mas que las señoras necesitan los beneficios del tocador las niñas solteritas, esas niñas destinadas á ser esposas fieles y madres amorosas. La inocencia y pureza de las costumbres, la ingenuidad de los afectos mas delicados, hermanadas con el esmero de un noble y elegante atavío, encienden aun mas en el corazón de los hombres las llamas de un casto amor, y el deseo de dividir el tálamo con una doncella virtuosa. Es cierto, sin embargo, niñas adoradas, que vuestro tocador carece hoy del gran *Talisman de los afectos verdaderos ó fingidos*, del gran talisman, que figura con gala en algunas novelas y leyendas de la Edad media, del gran talisman misterioso, que revelaba la fuerza de las pasiones amorosas, sinceras y desinteresadas, y tambien la falsedad de las engañosas y ruines, como lo confirma la anécdota que vamos á consignar.

Un hombre anheloso de conocer si eran simuladas y falaces las protestas de amor de su novia, en quien había depositado todos sus afectos y su ternura, y al propio tiempo deseoso de darla un testimonio de su mucha constancia y firmeza, construyó dos máquinas enteramente iguales, cuya forma era muy parecida á la de una brújula: tenían entrambas una esfera con los doce primeros números de la escala aritmética en su derredor y un minutero en el medio. Bien quisiese el amante ó la novia, estando ausente el primero ó la segunda, saber terminantemente si quedaba constante y firme la voluntad del futuro cónyuge ó de su prometida, el uno y la otra podían averiguarlo todo, fijando sus miradas en la máquina misteriosa, porque si entrambos permanecían fieles el minutero quedaba en perfecto reposo, y por el contrario, si habían faltado á su juramento, el minutero daba tres ó cuatro vueltas en derredor de la esfera y de sus doce números.

Si vosotras, niñas adoradas, tuviérais ese gran talisman en vuestro tocador, supiérais desde luego á quien dar con preferencia vuestra mano; pero ese talisman no existe ya, y nadie sabe reconstruirlo. No os queda mas, pues, niñas adoradas, que reparar muy detenidamente en los buenos sentimientos, en la perfecta educación, en la conducta, mas ó menos ejemplar, de vuestros adoradores, an-

tes de escoger un esposo que os aprecie, y se manifieste cada vez mas deseoso de veros felices, y convertidas en ángeles tutelares del hogar doméstico.

SALVADOR COSTANZO.

GUERRA AUSTRO-PRUSIANA.

LA BATALLA DE SADOWA.

El *Times* ha publicado una estensa descripción de la batalla de Sadowa, de la que han sido testigos presenciales varios de sus corresponsales, entre los que se encuentra alguno muy competente en materias militares. Damos á continuación lo que dicho periódico inglés refiere acerca de esa terrible batalla en la cual tomaron parte del lado de Prusia 250,000 hombres, y del Austria 190,000; dice así:

«Sadowa ha sido otro Waterloo en su estrategia, si no en su influencia, sobre la suerte de un imperio. El ejército que invadió á Bohemia se extendió sobre un país ligeramente accidentado, y desde el centro de su línea una carretera conducía al cuartel general del enemigo. A lo largo de esta carretera avanzó el príncipe Federico Carlos con el grueso de su ejército, mientras que fuerzas auxiliares á derecha é izquierda intentaban envolver los flancos austriacos. Sadowa era su Hugu mont. La fuerza de la batalla se concentró en los que intentaban por una parte tomar y por otra defender esta posición. Esta pacífica aldea, sobre el río Bistritz, fué durante ocho días el teatro de un encuentro que por su fiereza y duración no puede ser comparado con ninguna batalla desde el término de la gran guerra.

«El Bistritz corre en Sadowa de N. N. E. á S. S. O. y paralela casi á su orilla oriental marcha la corriente del Alto Elba, entre Josephstadt y Koenigsgrat. En la mañana del 3 de julio, el príncipe Federico Carlos estaba en Milowitz, sobre la margen derecha del Bistritz, y poco mas de seis millas de Sadowa.

«En Neubitschan, diez millas sobre la derecha estaba el general Bittenfeld con la octava división y á una distancia igual sobre la izquierda, extendiéndose desde Milten sobre el Bistritz, un poco á Oriente sobre su orilla izquierda, estaba el príncipe real con el ejército de Silesia.

«Entre estos á los extremos estaban las fuerzas prusianas paralelas al Bistritz, en número de 250,000 hombres, bajo la inmediata inspección del rey de Prusia. Los prusianos creían acertadamente que las fuerzas austriacas eran poco mas ó menos iguales á las suyas, y aunque sabían que estaban fuertemente establecidas á lo largo de la margen izquierda del Bistritz, el príncipe Federico Carlos determinó tomar la carretera que conduce de Milowitz, á través del río en Sadowa, hacia Koenigsgrat, para caer sobre su centro, dando orden al príncipe real y al general Bittenfeld de que intentaran envolver al enemigo.

«Cinco millas anduvo el grueso del ejército poco después de las siete hasta Dub, desde donde baja el camino por espacio de milla y cuarto, hasta el puente de Sadowa.

«Desde la cima de la eminencia en Dub pudo presenciarse el sangriento encuentro que iba á efectuarse. A los pies de esta eminencia se halla Sadowa; á su derecha, una milla mas abajo del río estaba Dohalitz. y todavía una milla mas abajo Mokrowens y entre los dos á espaldas del río Dohalichu; á su izquierda unas dos millas á lo alto del río estaba la aldea de Benatek. A lo largo en la opuesta orilla, se hallaban los espesos bosques que cubren la cuenca del valle, y en lo alto,

millas y media sobre Sadowa se veía el campanario de Lipa, detrás del cual se distingue á Ehlum. Las fuerzas austriacas estaban escalonadas á lo largo de la orilla izquierda protegidas por los bosques, y era evidente que en tanto que pudieran conservar esa posición, podrían neutralizar en gran manera la terrible ventaja de los fusiles de aguja. El fuego empezó á las siete y media, pero á las ocho menos cuarto los prusianos establecieron sus baterías de tierra, y empezó el combate.

«Los cañones austriacos parecieron salir como por encanto sobre cada punto de sus posiciones. De cada aldea á lo largo del río desde Benatek hasta Mockrowens, venían rastros de fuego y granadas silbando sobre la artillería prusiana, desmontando piezas, matando hombres y caballos y destrozando carros en todas direcciones. Las granadas eran arrojadas desde la eminencia hacia Dub, y una de ellas, habiendo reventado entre un escuadrón de hulanos mató cuatro hombres muy cerca del paraje en donde estaba el rey. Por dos horas continuó el fuego de cañón con terrible vigor por una y otra parte, no solo teniendo los oficiales de artillería austriaca la mejor posición, sino conociendo además su terreno; pero á eso de las diez las baterías austriacas sobre la derecha prusiana en Dobrilentz, Dohalichu y Mockrowens se vieron obligadas á retirarse un poco sobre la altura y se resolvió tomar las aldeas á lo largo del río. Entretanto Benatek empezó á arder sobre la izquierda, y la séptima división prusiana le dió una embestida en la que, después de una muy reñida refriega cuerpo á cuerpo en medio de las llamas, se apoderó de aquella posición.

«Un ataque simultáneo se verificaba sobre Sadowa, Dolutentz y Mockrowens, y la lucha por ambas partes fué sangrienta durante una hora; los prusianos estaban en disposición de hacer fuego con mayor rapidez, pero se vieron obligados á hacerlo á intervalos mientras los austriacos hacían grandes destrozos sobre los sitiadores. Los prusianos casi cubrían materialmente su camino con muertos y heridos, y cuando para auxiliar á su infantería dirigieron su artillería sobre las aldeas y Mokrowens y Dolutentz ardían en llamas, aun no cedían los austriacos; y como las fuerzas austriacas, mantenían sin romper su línea, la posición del centro y avanzaban sobre su izquierda, todavía esperaban para sus armas la victoria.

«A eso de las once, habiéndose posesionado los prusianos de las aldeas sobre el río, intentaron apoderarse de las eminencias opuestas, y entonces fué cuando el regimiento 27 penetró en los bosques de Benatek, con fuerza de unos 3,000 hombres y 90 oficiales, para salir de ellos con solo 300 ó 400 soldados y dos oficiales vivos é ilesos. La artillería prusiana fué llevada al lado mismo de Bistritz y empezó á hacer fuego sobre la nueva posición que los austriacos habían tomado sobre la eminencia; pero por espacio de cuatro horas apenas produjo efecto.

«La artillería austriaca hacía grandes destrozos; los fusiles de aguja callaban, y las repetidas cargas de infantería servían para hacer avanzar un poco el frente sobre la eminencia para retroceder otra vez. La posición era de las mas críticas. El ala derecha prusiana había ido avanzando en la primera parte de la mañana contra Nechamtz; pero había llegado á quedarse allí estacionaria, y los que observaban desde la torre de Koenigsgratetz, veían distintamente que los sajones que formaban la izquierda austriaca rechazaban al enemigo.

«El príncipe Federico Carlos, que mandaba el centro, pedía ardientemente, como Napoleón en Waterloo, que el príncipe real, su Grouchy, acudiera á envolver la derecha del enemigo. El resultado de la batalla estaba tan dudoso que se

mandó formar la caballería para proteger la retirada, si esta se hacia precisa, y el general Rhetz fué enviado á ver que hacia el ejército de Silesia. A las tres volvió con la buena noticia de que el príncipe real estaba estrechando á la derecha austriaca; á las tres y media se vió á las columnas del príncipe real que se movían á lo largo de la eminencia, sobre Benatek contra Lipa, y á la misma hora se hizo evidente para los comandantes austriacos y para los que observaban desde Koenigsgratetz, que la batalla estaba perdida. Era en efecto dudoso, si el ejército de Silesia podía cortar las fuerzas austriacas de su base y evitar la retirada á Koenigsgratetz y de allí á Pardubitz.

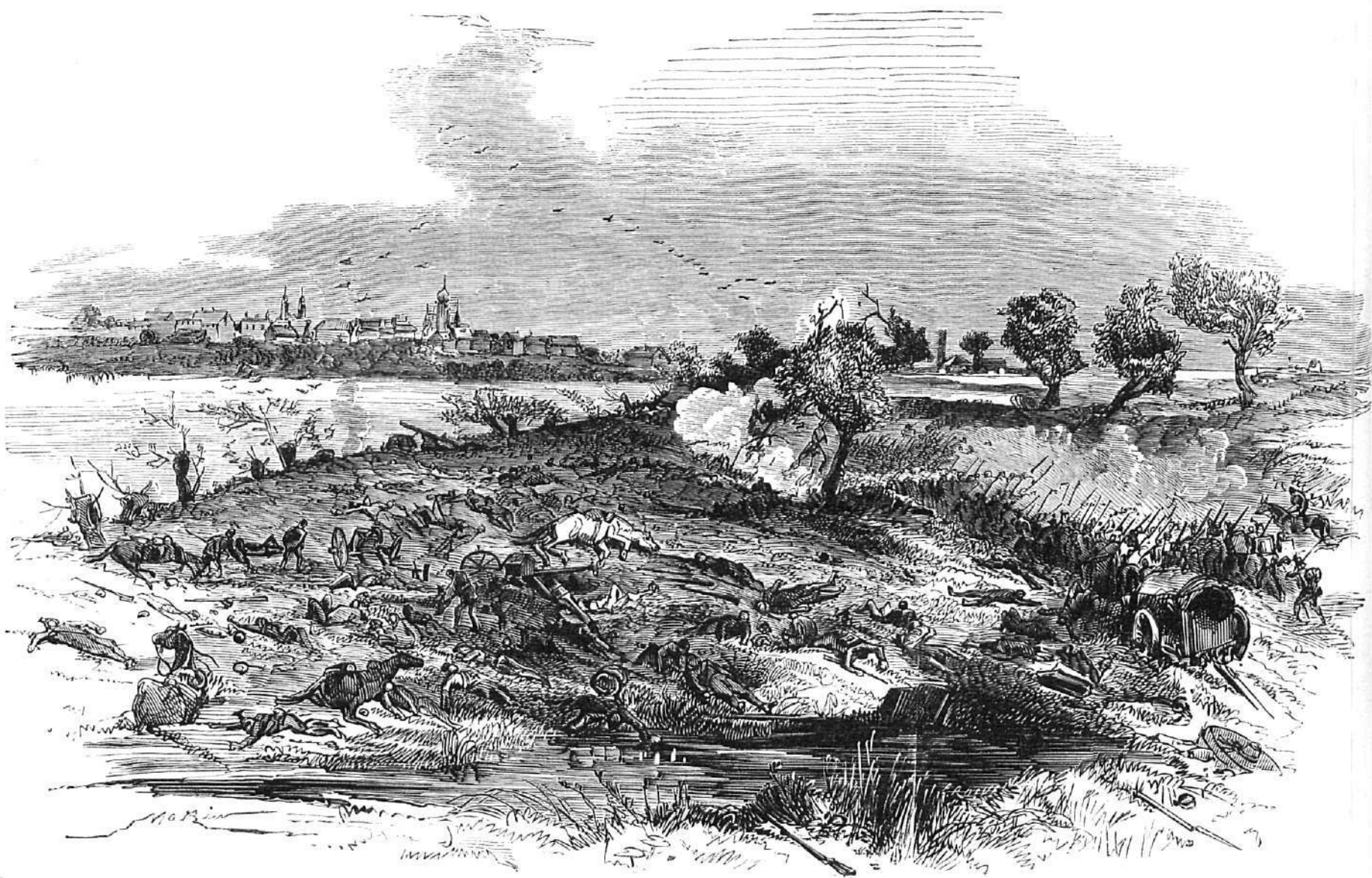
«La caballería austriaca, quizá la mejor del mundo, apenas había tomado parte, y si hubiera habido allí un Murat que la hubiese lanzado contra las columnas del príncipe real que avanzaban, podría haberse ganado la batalla. La oportunidad si existió, fué perdida; el ejército entero retrocedió á lo largo del camino, hacia Koenigsgratetz, y la lucha dentro de esta plaza á través de los puentes que habían sido echados sobre el Elba, fué hasta cierto punto una reproducción de los horrores de la retirada de Leipsick.

«Basta un poco de reflexión para comprender que la batalla de Sadowa no ha desmentido la supremacía atribuida á los fusiles de aguja. En aquella parte del campo en donde la ventaja de estos fusiles se hallaba neutralizada por la disposición de las fuerzas austriacas entre los bosques sobre la orilla izquierda del Bistritz, el resultado estuvo dudoso, si es que no se inclinó la ventaja del lado de los austriacos.

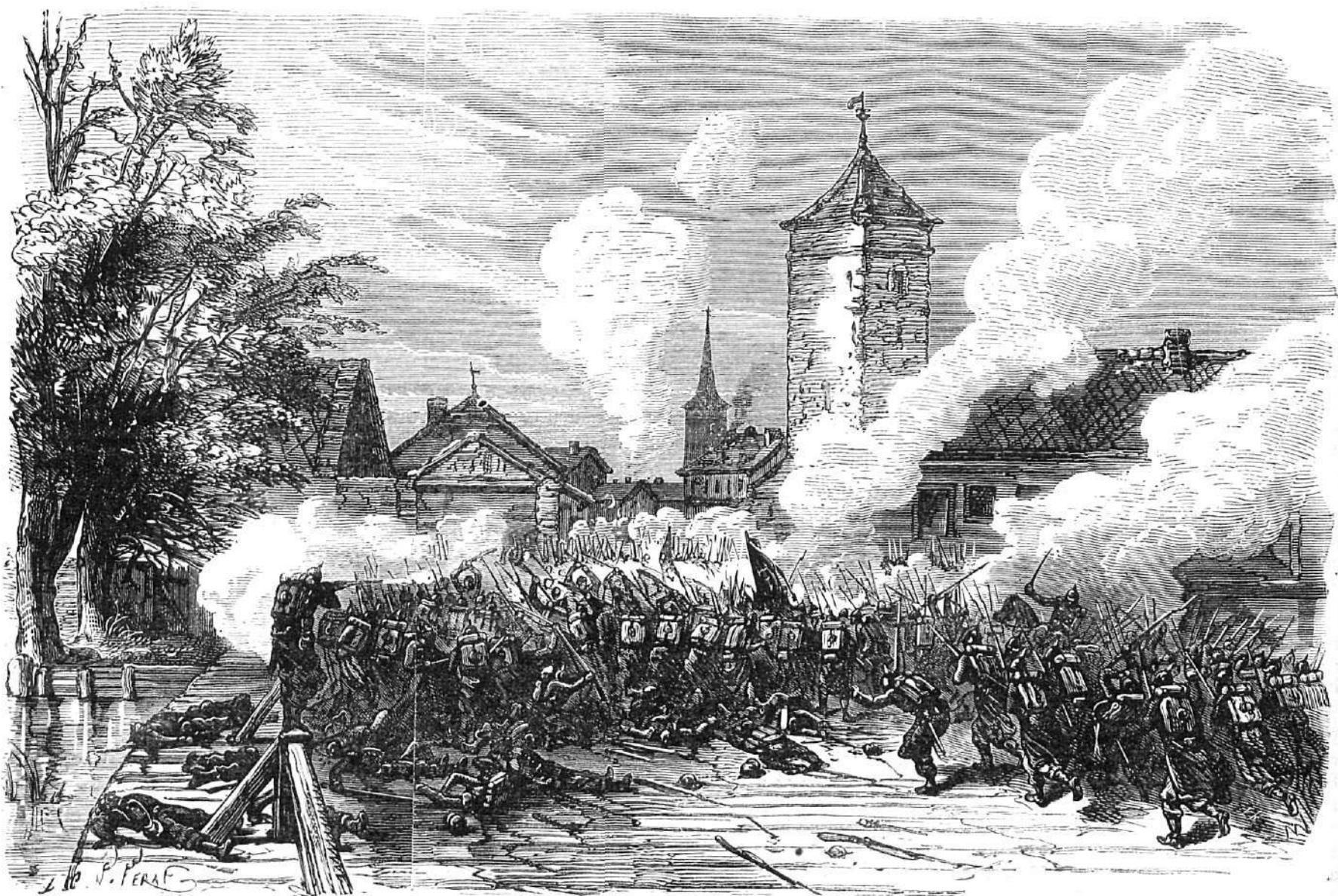
«La suerte de la lucha se determinó por la llegada del ejército de Silesia, moviéndose comparativamente en un terreno llano, y no parece fuera de razón atribuir la facilidad con que el príncipe real envió la derecha austriaca á la posesión de un arma que la experiencia ha demostrado ser tan poderosa. La falta de estrategia que se echa en cara al general Benedek por no haber cubierto Lipa y Khlum, habrá sido probablemente mas bien por falta de medios. El ejército de Silesia era una fuerza nueva que acudía al campo, y como los prusianos se calculaban en su propio campo con 250,000 hombres, mientras que las fuerzas austriacas, eschuyendo el parque de bagages en Koenigsgratetz se calculaban en 190,000, es evidente que el general Benedek estaba, independientemente de la ventaja del número, en inminente peligro de ser envuelto.

«La artillería austriaca, por otra parte, se ha reconocido que ha operado con la mayor eficacia. El triunfo de los austriacos sobre las márgenes del Bistritz es otra prueba de su fatal estrategia, con no haber resistido la invasión de los ejércitos prusianos en su paso desde la Sajonia y la Silesia á la Bohemia, pues las posiciones que entonces hubiera podido ocupar el ejército austriaco habrían hasta cierto punto equilibrado las grandes ventajas que su armamento daba al ejército de Prusia; y aun cuando hubiera habido un desastre, este no hubiese puesto en peligro los estados hereditarios del imperio.»

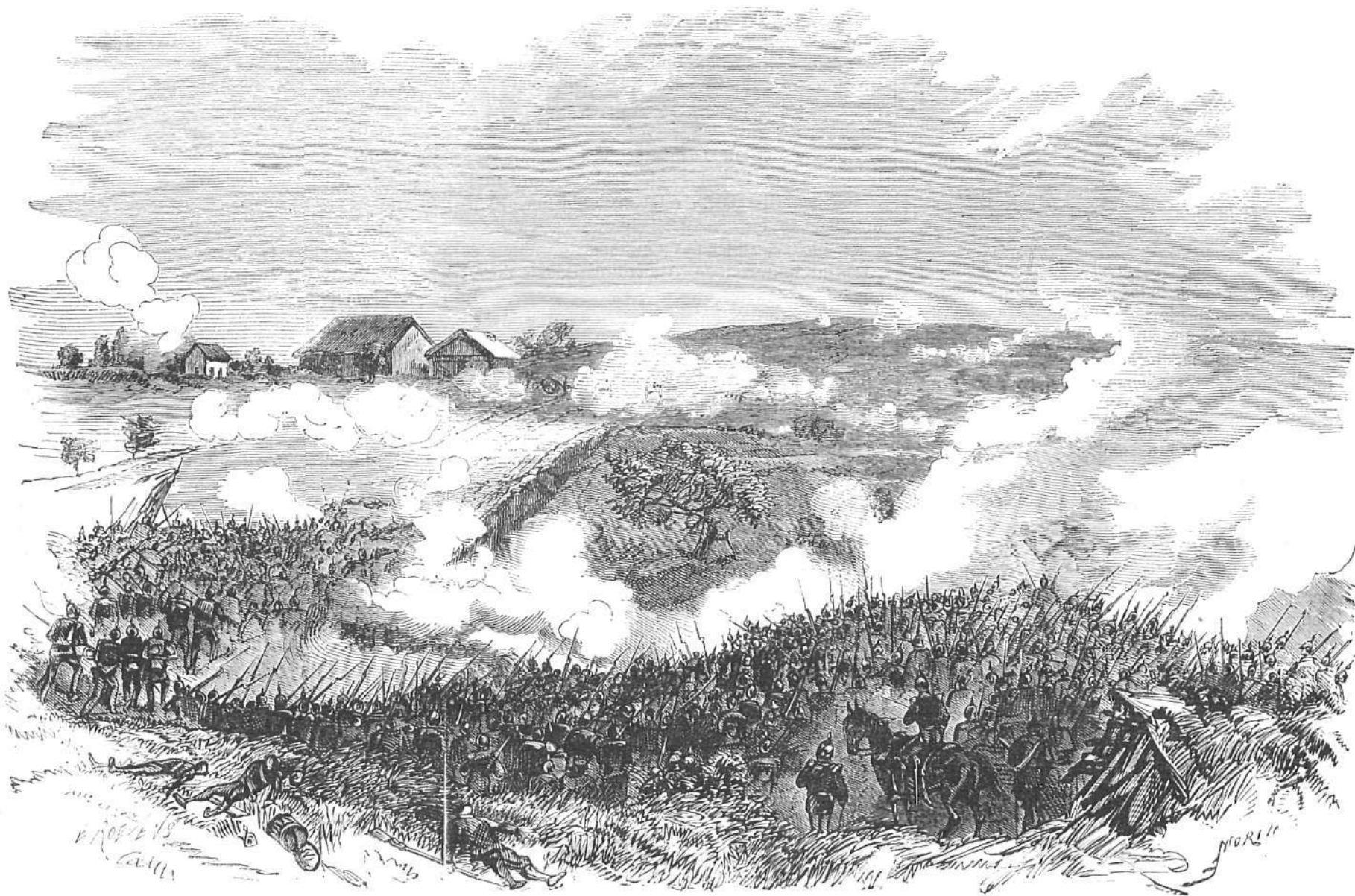
Tal es el resumen que hace el diario inglés. De su correspondencia se deduce, que el éxito de la batalla dependió de haberse olvidado Benedek de ocupar la posición dominante del campo de acción, que era el pueblecito de Khlum. Una avanzada de caballería prusiana lo encontró sin tomar, y pareciéndole casi imposible, hizo que al galope vinieran algunas compañías de tiradores á ocuparle. Media hora después avanzaba en aquella dirección el cuerpo de ejército del príncipe real prusiano, y allí fué donde se dieron, aunque tarde, por los austriacos, los mas fuertes y desesperados ataques.



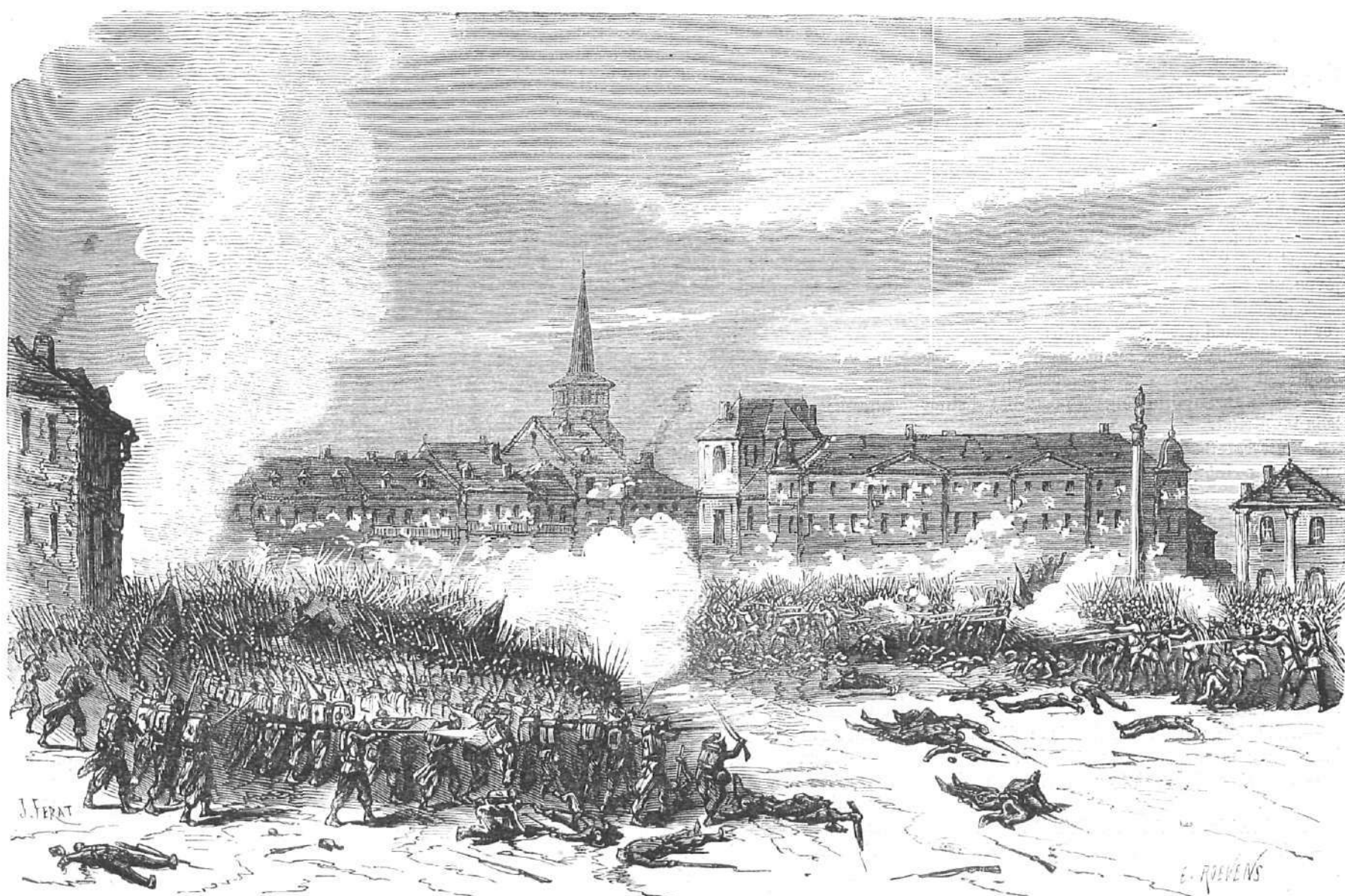
9



20



11



12

CRISTETA.

NOVELA ORIGINAL

POR DON I. A. BERMEJO.

(Continuación.)

VII.

Dolowiske penetró en el salon pausadamente y mirando á todos lados, como el que indaga y escudrina los mas leves movimientos. Luego dirigiéndose á Bathilde dijo:

—Aquí están las llaves de nuestro departamento. Todo está preparado, de modo que cuando quieras....

—Sí, tío, respondió Bathilde.

—Pero quisiera decirte una cosa, añadió Dolowiske.

Belgrano hizo una ligera inclinacion de cabeza y dijo alejándose.

—No me gusta estorbar.

Y aproximándose á la pared comenzó á examinar los mapas que de ella pendian. Al mismo tiempo Dolowiske decia á Bathilde por lo bajo:

—Nuestro jóven oficial dirige sus pasos hácia el puerto; yo le he seguido desde lejos, pero ha desaparecido á mi vista. Tal vez tú habrás sido mas dichosa que yo; algo tendrás que decirme que pueda interesarnos.

—Nada, repuso Bathilde, imposible averiguar nada.

—Pero este jóven con quien has estado hablando, ¿sabes al menos quién es?

—No, tío, nada sé.

—Hoy tienes muy poco talento. No te digo esto para reñirte; ya sabes que yo nunca te riño; pero se presenta un negocio digno de mí y es necesario que yo tome parte en él.

—Es inútil, contestó Bathilde, porque nada averiguareis.

Mientras tanto Belgrano paseaba tarareando por el aposento, y dirigiendo su vista hácia el balcon vió con desagrado que se oscurecia el firmamento con nubes que preludiaban un temporal y que de vez en cuando brillaban algunos relámpagos.

—Yo no me desaliento tan fácilmente, decia Dolowiske, y voy por lo tanto á buscar á ese jóven.

Y diciendo esto se dirigia hácia el balcon y al ver la oscuridad del cielo exclamó:

—Temporal vamos á tener; las olas del rio se oscurecen y el agua se agita demasiado.

—Teneis razon, dijo Belgrano con mal disimulada inquietud.

—Conozco un poco esto, añadió Dolowiske; soy un poco marino, y juro que no quisiera hallarme en este momento cerca de la costa. Y observad allá á lo lejos un buque de guerra que segun parece es del mismo dictámen, pues ha levado áncora y procura meterse mar adentro.... Si no me equivoco me parece que el buque es norteamericano, ¿no es verdad?

—Sí, respondió Belgrano; pienso lo mismo que vos.

El viento es cada vez mas fuerte, y la tempestad se declara.

—Allá abajo, prosiguió Dolowiske, distingo una ballenera conducida por dos hombres.

—¿Si será la de Vedia! exclamó entre dientes Belgrano.

Y Dolowiske continuaba diciendo:

—¿Cómo se ha determinado á echarse al agua con un tiempo semejante? Se han separado de la entrada del puerto, y la corriente los precipita para echarlos en la costa.

—Y la barca, añadió Belgrano, se hará pedazos contra las piedras.

—Es muy probable, repuso Dolowiske. Allí hay un hombre que maniobra bien; pero hay otro que no sabe lo que hace, y la barca sucumbirá si no la socorren.

Belgrano no pudo contener su agitacion y su temor, y asomándose por el balcon vió á unos cuantos marineros que estaban desde tierra contemplando el espectáculo. Belgrano les gritó:

—¡Muchachos! ¡cables y maromas! ¡Quinientos pesos al que vaya en su auxilio! ¿Dudais de mi oferta?

Sacó de su bolsillo una cartera y la arrojó desde el balcon diciendo:

—¡Allá va lo ofrecido!

—¿Qué haceis? exclamó Dolowiske. ¿Los invitais á una muerte segura.... Pero obedecen, y se alejan.

—¿Y he de verlos sucumbir? decia Belgrano con acento desesperado.

—¡Cielos! exclamó Bathilde cruzando sus mapas. ¡La barca se ha roto!

Belgrano, presa del mayor desconcierto entregó á Bathilde una cartera que tenia en la mano y dijo aceleradamente:

—¡Tomad; guardadla! Yo los traeré ó yo quedaré con ellos!

Y quitándose el balandran que ceñia, le soltó sobre una silla y se alejó precipitadamente.

Dolowiske le vió alejarse con cierta sonrisa, y dijo volviéndose al lado de Bathilde:

—He aquí lo que se llama una verdadera locura.

—¿Una locura decís? preguntó Bathilde clavando sus ojos en Dolowiske. ¡Una locura! ¡Un acto sublime! ¡Un acto heroico! El desgraciado corre á una muerte cierta para salvar á sus semejantes; á hombres que acaso no ha visto nunca, que no conoce.

—Eso todavía no está probado, respondió Dolowiske con cierta sorna y poniéndose el puño del baston sobre sus labios. Yo he observado su turbacion cuando habló del buque norteamericano, y esa chalupa acaso venia....

Bathilde sin escucharle echó la cartera que tenia en su mano sobre la mesa, y corrió hácia el balcon de la derecha como para observar, y diciendo:

—He creído distinguir.... Con efecto.... ¡Dios mio! Se ha arrojado desde una peña.

Dolowiske se apoderó al momento de la cartera de que Bathilde se habia desprendido, y abriéndola decia hablando con la jóven:

—¿Qué importa que se arroje? Vaya un entusiasmo y una sensibilidad.... Y ¿á qué conduce todo eso? pregunto yo. Es un lujo de abnegacion en nuestro estado....

—¡Ha desaparecido! exclamó Bathilde; ya no le veo; todo se confunde á mis ojos!

—¡Billetes de banco! exclamó Dolowiske entre dientes mientras examinaba con precipitacion el interior de la cartera.

—¡Y yo no puedo apartarme de este espectáculo que me mata! decia Bathilde sin separarse del balcon. ¡Ah! ¡ya le vuelvo á ver! ¡lucha contra las olas! ¡Protegedle, Dios mio!

Mientras que Bathilde observa con interés lo que pasa en el rio, Dolowiske, con mano diestra aunque un poco temblorosa, registra los papeles que halla en la cartera, volviéndolos despues á colocar en el mismo sitio que los ha encontrado.

—¡Cartas! decia; veamos la direccion.... «¡Belgrano!....» ¡Cielos!.... Entonces no es el otro que ha salido. Ya nos vamos colocando en buen terreno.... Leamos pronto.... «¡Corwith!» Este es inglés ó norteamericano.

Y leyó lo siguiente:

«Es imposible tratar nada por medio de cartas. A fines de julio, con pretexto de ver á uno de mis

parientes, pasaré á Buenos-Aires, y bajo tan dichosos auspicios espero que tendrá principio nuestro conocimiento.»

Y mientras que repasaba otra decia Bathilde sin separarse del balcon:

—¡Uno de ellos se ha salvado y ya toca la orilla! ¡Ah! ¡no es él!

Y Dolowiske se decia con cierto aire satisfecho:

—Perfectamente, si con estas pruebas no se ha descubierto todo esta noche, no soy digno de haber hecho mi primera campaña contra las armas del gran Federico.

Y diciendo esto se alejó del aposento. Bathilde, sin dejar el balcon, decia:

—Aquí viene; un marinero le trae; han tocado la orilla.... El uno se precipita en los brazos del otro.

Y, dirigiéndose al centro de la habitacion, proseguia:

—Me ha parecido un sueño; ellos son felices y yo tambien lo soy! Nunca he experimentado una emocion semejante; estoy llorando. Sí, son lágrimas de alegría, lágrimas de placer. Se me figura que habiendo compartido con ellos sus peligros, debo tambien tomar parte en sus felicidades. Corramos á entregarle el depósito que me confié.

Y buscando la cartera por todos lados y registrándose, decia sobresaltada:

—¿Dónde está?.... ¿Y Dolowiske, mi tío? ¿Se ha marchado? Lanzó un profundo grito y salió del aposento para buscarle. Creyó comprender todo lo que habia pasado. Bathilde conocia á Dolowiske.

IX.

Poco tiempo despues el bohemio y la jóven penetraban juntos en la misma habitacion.

—¿Qué tienes? preguntaba aquel á Bathilde.

—No sé, respondió ésta, pero no me encuentro bien aquí.

—¿Por qué, sobrina?

—Lo ignoro, señor; pero yo quiero dejar este país y regresar á Europa.

—¿Sin tener noticias de mi hermano? Eso es imposible. Es tu padre, y mediante sus órdenes nos encontramos aquí. Y dime, ¿por qué te sientas hoy tan penosas estas órdenes, á las cuales te sometiste sin murmurar?

—No os lo puedo explicar, repuso Bathilde con acento dolorido. No sé lo que hoy pasa por mí. En las selvas de Bohemia, donde yo he sido educada, el primer sentimiento que he conocido ha sido el del temor, que comprimia todos los demás. El carácter violento de mi padre, sus terribles maneras me han hecho temblar. No he tenido mas defensor que vos.

—Ciertamente, cuando yo estaba allí, podia libertarte de algunos golpes, pero en mi ausencia....

—El único objeto de mis pensamientos era obedecer á mi padre, el de complacerle con ciega sumision, y cuando me decia: «Nadie desconfia de un niño; ve y sigue á esos viajeros y escucha lo que hablan, espía sus acciones; ve, ¡ó si no!...» Yo iba, y cuando mi celo y mi inteligencia habian merecido los elogios de toda la tribu, yo me encontraba lisonjeada, y me enorgullecía de haber trabajado bien. Se me figuraba que esto era glorioso.

—Y ciertamente lo era, repuso inmediatamente Dolowiske.

—Ayer todavía, lo creia yo así.

—Y tenias razon sobrada para creerlo.

—Pues hoy, añadió la jóven, no sé por qué razon se me figura que esto no es bueno.

—¿Cómo! exclamó Dolowiske. ¿No es la sangre bohemía la que corre por tus venas? ¿Qué debemos nosotros á los hombres de la sociedad? ¿Nos han acogido en su seno? ¿No! nos desprecian.... Pero.... ¿desde cuándo reflexionas de ese modo?

—Decís bien, repuso la jóven; he cometido un

error, pues en este momento se ha turbado mi razón. Sufro mucho..... ¡soy muy desgraciada!

—¿Tú, hija mía? preguntó el bohemio con cariñosa solicitud; ¿tú, por la que yo sacrificaría el mundo entero? ¿Qué quieres, qué deseas? ¿Joyas, adornos? ¿Te han faltado alguna vez? Puesto que ya tengo dinero, todo será para tí; yo te daré todo lo que quieras.

—¿Me podéis dar una familia, una patria?

—¿Qué es lo que me quieres decir? preguntó Dolowiske sorprendido.

—¿Me dais amigos que puedan brindarme con su estimación? Respetan á las demás mujeres, las honran..... ¡pero á mí!....

—¡Bathilde! exclamó el bohemio cada vez mas sorprendido..... ¿De dónde proceden semejantes ideas?

—Busco en vano alejarlas de mi imaginación. En todas partes las encuentro; hasta en esta obra que yo no conocía, y que ha venido á mis manos por una casualidad.

Dolowiske tomó el libro que Bathilde tenía en sus manos, y leyendo el título de la portada, vió que decía: *Las delicias del hogar*.

—¿Qué es esto que estoy leyendo? exclamó con enojo Dolowiske. ¿Quién te ha mandado leer estos libros tan malos que deberían estar prohibidos? Pensemos en nuestra fortuna. Tú has perdido el talento y la imaginación. Desde esta mañana, tú que tienes un ojo tan esperto y tan ejercitado, no has visto nada, no has adivinado nada, y yo en un instante he descubierto al verdadero Belgrano. La cartera que acabas de enviarle y que no tuviste el cuidado de abrir, me ha puesto al corriente de otras cosas; y ahora, precisamente, que me encuentro en vías de descubrirlo todo, yo te respondo que antes que oscurezca..... Pero..... ¿qué tienes? preguntó observando que Bathilde palidecía. Se me figura que estás conmovida.

—Tío, respondió Bathilde, me habeis dicho tantas veces que haríais por mí todos los sacrificios del mundo, que me habeis predispuesto á no dudar. Pues bien, yo os pido uno; renunciad á ese maldito negocio.

—Imposible, contestó Dolowiske; he dado mi palabra al virey, el cual me ha dado dinero adelantado, y antes que todo es el honor..... Me perdería miserablemente.

Bathilde suplicó con doble insistencia, y decía:

—Soy yo la que os lo pido; por vuestra tranquilidad; prometedme que renunciareis.

—¿Y de que voy á vivir?

—De lo que vive un hombre honrado.

Dolowiske pasó la mano por su frente y respondió:

—Cuando no se ha emprendido ese ejercicio desde muy temprano, no se puede hacer nada, y me encontraría muy torpe para tomar ese camino, al paso que éste..... Pero oigo hablar en esta parte.

Y separándose un poco de Bathilde dirigió su vista á una puerta, añadiendo:

—Mira, Bathilde, Belgrano y su amigo están en esa habitación en conferencia secreta, y puede ser que poniendo el oído atento.....

Esto diciendo se aproximó á la puerta.

—Es inútil, repuso la joven con sobresalto, como queriendo evitar la pesquisa. Han salido.....

Y Dolowiske con el oído pegado á la puerta decía:

—No puede ser. He conocido su voz..... No has ruido.

Bathilde se aproximó á la mesa y la dejó caer con todos los objetos que estaban encima, y Dolowiske se apartó al instante de la puerta exclamando:

—¡Maldición, por tu torpeza!

La puerta se abrió instantáneamente y por ella salieron precipitados Belgrano y Vedia.

(Se continuará).

INVASION DE LA LANGOSTA EN ARGEL.

La Argelia se halla en este momento invadida por un terrible azote, del cual no tenemos idea en España. Inmensas nubes de langostas han caído en las cercanías de Argel, y en muy pocas horas han destruido todos los sembrados.

Al ver en nuestros prados estas sabandijas verdes saltar aisladamente por entre las yerbas, no se puede comprender cómo un insecto tan pequeño puede ocasionar tan grandes estragos, y sin la suscripción oficial abierta para venir en auxilio de los pobres cultivadores perjudicados, tendríamos ocasión para dudar de la exactitud de los hechos. Desgraciadamente no es permitida la duda, pues sabemos todo lo que medió en Egipto cuando Faraon no permitió á los hebreos celebrar una fiesta solemne al Eterno.

Todo el mundo recuerda la citada plaga de Egipto. No solamente esta muchedumbre de serpientes aladas, como las llama Herodoto, destruyen toda la vegetación allí donde caen, sino que además llegan á ser cuando mueren un nuevo azote: el aire se corrompe por la gran cantidad de los cadáveres que quedan en el suelo, lo cual engendra enfermedades de muy mal carácter.

Esta es, pues, la plaga que hoy ha venido á caer sobre la Argelia; es igual á la que nos refiere el capítulo X del Exodo; solamente no podemos afirmar que sea la misma especie de langosta. Todo lo que ha llegado á nuestra noticia es que la langosta de la Argelia pertenece al género *acridium* de los sabios. En cuanto á la especie, los naturalistas no están de acuerdo: unos quieren que sea el *acridium emigratorium*, lo que quiere decir *sabandija emigrante*; pero otros pretenden que las sabandijas emigrantes son inocentes, y que los *acridium peregrinum*, *sabandijas viajeras*, son las verdaderamente culpables.

De todos modos, emigrante ó viajera, esta maldita langosta es un pequeño animal de 7 á 8 centímetros de longitud.

Las hembras sumergen sus huevos en la tierra. De estos huevos nacen larvas negras, cuyos estragos son frecuentemente mas grandes que los que hacen aquellos insectos alados. Forman bandadas inmensas que atraviesan grandes distancias.

Estas larvas echan cerca de cuarenta y cinco días para llegar al estado de langosta perfecta, y durante este tiempo experimentan cinco transformaciones.

Siempre se encuentran langostas en las provincias de Oran, Bona, Argel, etc., pero no aparecen todos los años en gran cantidad.

Desde la conquista de Argel esta es la segunda vez que los colonos franceses han tenido que sufrir los estragos de estas terribles emigraciones. La primera apareció en 1845 y duró cinco meses, desde marzo á julio. Estas langostas destruyeron todos los sembrados, y cada día se presentaba una nueva bandada. En esta época se vió una columna de langostas, cuyo tránsito comenzó á la salida del sol y terminó á las cuatro y media de la tarde.

En una nota remitida este mismo año de 1845 á la Academia de Ciencias de París por un médico del ejército, Mr. Guyon, se dijo que hubo una bandada que pasó el 16 de marzo por encima de la llanura de Sebden con dirección al desierto de Angard; el tránsito duró tres horas y todos se creyeron salvados; pero las langostas, no habiendo encontrado nada en el desierto, regresaron y en la mañana del siguiente día se posaron sobre la llanura, donde todo fué devorado en el espacio de cuatro horas. Esta llanura tiene de 28 á 30 kilómetros de largo por 12 á 15 de ancho. Las langostas dejaron, dice Mr. Guyon, un olor infecto de yerbas en estado de putrefacción, producido por su escasez.

Segun la relación del comandante de la plaza de Philippeville, Mr. Levallant, una columna de langostas se situó sobre esta provincia el 18 de marzo. Esta columna tenía una extensión de 3 á 4 miriámetros (30 á 40 kilómetros), y en algunos parajes se encontraban sobre el suelo hasta 3 decímetros de altura.

Pero las langostas no devoran solamente las plantas verdes; parece que su avidez por el grano seco es mas grande todavía. En Argel, en el barrio Bab-Azoum, se las vió penetrar en masas en un almacén de cebada, y costó mucho trabajo poderlas ahuyentar. Todo el barrio este día se puso en entera revolución, y para detener la invasión de este ejército alado hubo necesidad de levantar barricadas.

Librenos Dios de su visita. También han hecho grandes destrozos en el suelo italiano. Plinio dice que las langostas procedentes de Africa hubo un año en que afligieron mucho á los italianos. Para trasladarse á los países del Norte no podían hacer una travesía directa, pues no pueden sostenerse en el aire sino durante la presencia del sol, y no son suficientes quince ó diez y seis horas del día para desembarcar en las costas del norte de Europa.

Por lo demás, en el mediodía de España vienen también invasiones de langostas algunos años, que hacen grandes daños al cultivo. No ha faltado quien haya propuesto algunos medios de destrucción. Hay un naturalista que aconseja buscar los huevos de la langosta que están sumergidos en la tierra, lo cual se conceptúa como un remedio infalible. Pero esto se nos figura ser un poco difícil. Para sacar de la tierra á las langostas se necesita en primer lugar tener la paciencia de un ángel y poseer además los ojos del linco, y dudamos que haya en España muchos que posean estas dos cualidades reunidas.

Es cierto que la caza es el único medio preventivo. En 1845 en las cercanías de Argel se destruyeron 369 quintales, ó 63,900 kilogramos de langostas. He aquí el resultado: Se cuentan 400 langostas por kilogramo, ó sean 14.760,000 individuos que han sido destruidos. Como en este número se encuentra generalmente una mitad hembras, y que cada una pone por término medio 70 huevos, resulta que esta caza ha evitado la producción de 516.600,000 de larvas de langostas sobre el territorio de Argel.

Este año se ha practicado el mismo sistema de caza; los soldados franceses se han convertido en la Argelia en cazadores. Quieren á fuerza de disparos de fusil ahuyentarlas; pero trabajan en vano, pues son sordas á la voz de la pólvora. Es necesario venir á las manos, y el número de prisiones es ya muy grande.

Los árabes no están descontentos de esta invasión, pues les proporciona un abundante alimento. Los kabylos y los beduinos con especialidad son muy aficionados á las langostas, á las que llaman *el djerad*. Las comen despues de haberlas tenido un mes en salmuera. Para preparar su predilecto manjar, el árabe comienza por cortar la cabeza del animal en nombre de Dios, del Dios mas grande, *Basm-Allah, Allah-Akher*, luego le cortan las alas y el cuerpo se deposita en la sal.

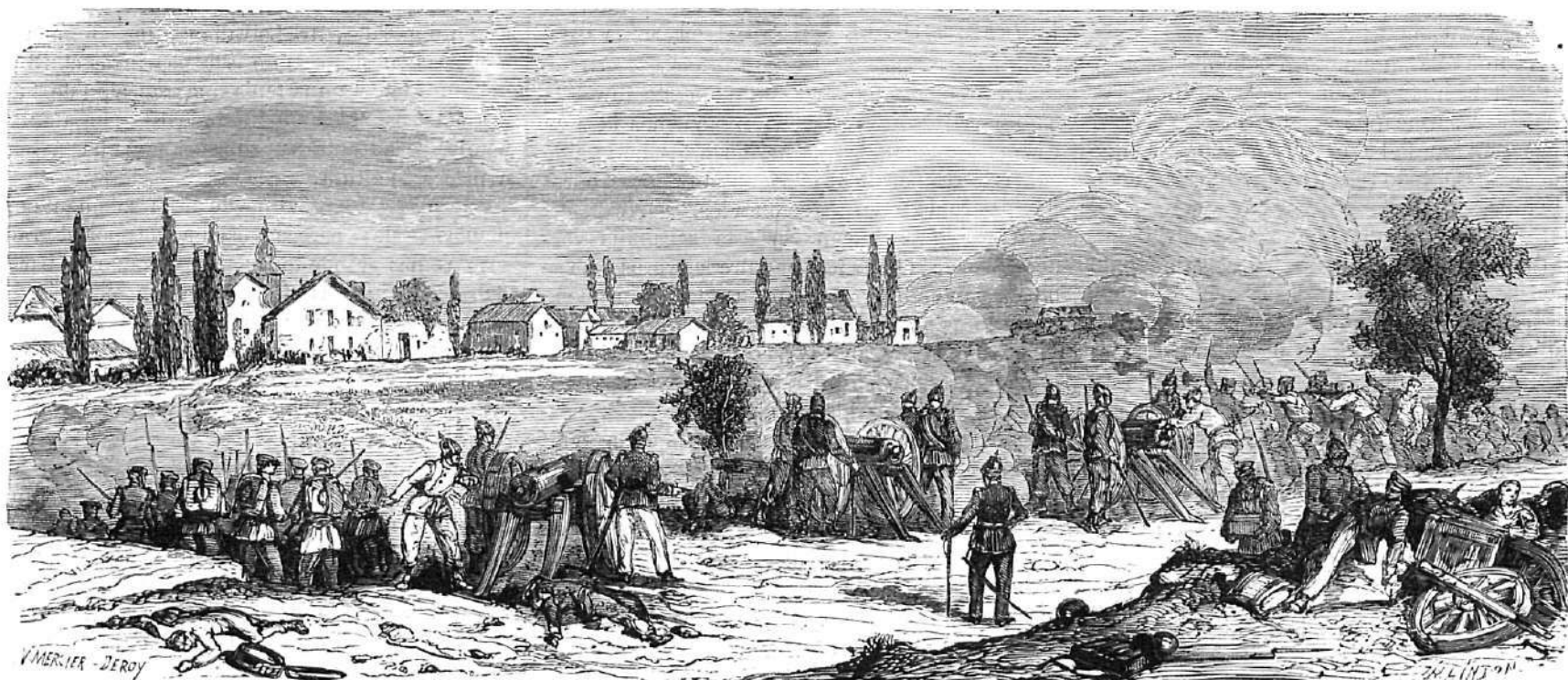
En el Senegal, donde también hay langostas muy grandes, los indígenas las ponen á secar, y luego las reducen á polvo. Este polvo se emplea despues, como entre nosotros la harina, para hacer pan y hasta para preparar cierto género de salsas.

EDITOR RESPONSABLE: DON DIONISIO CHAULIÉ.

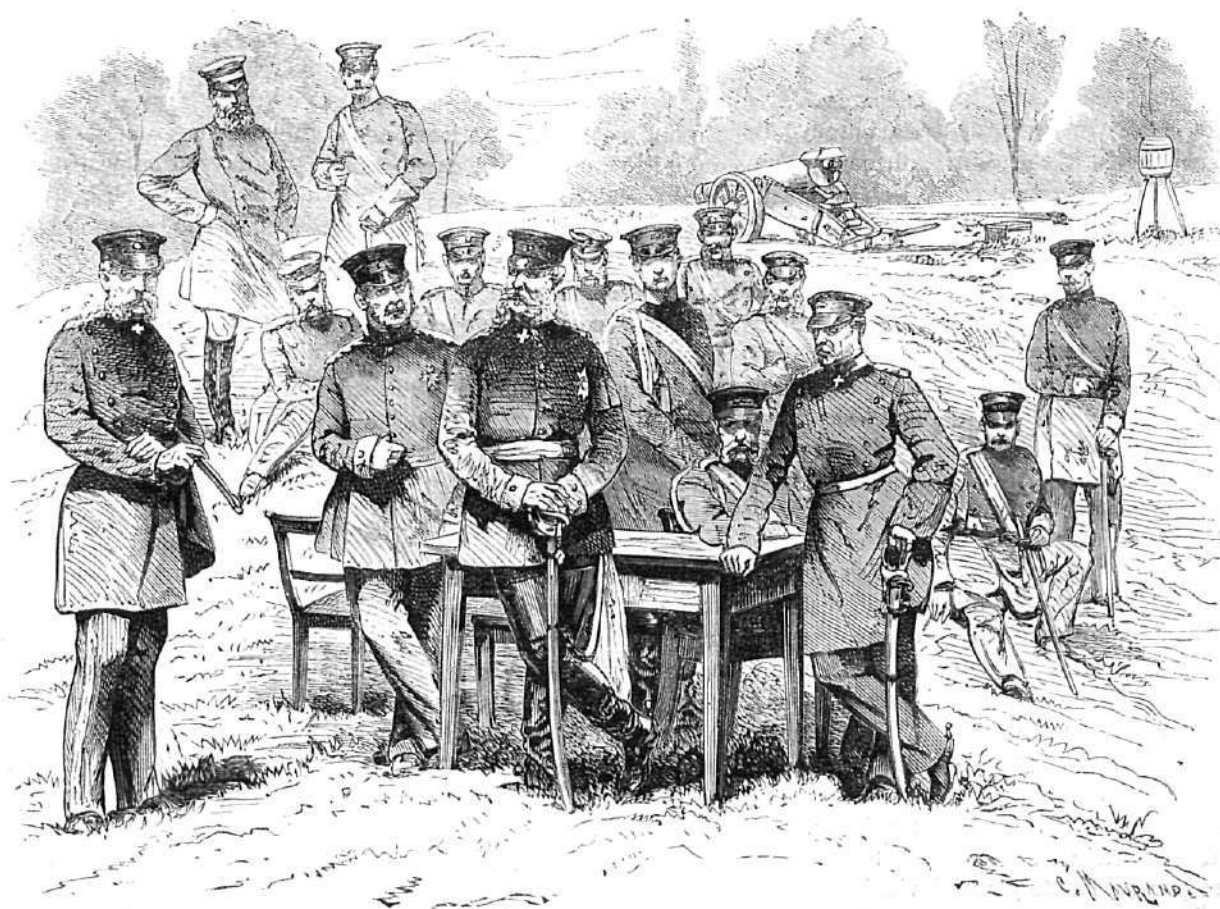
IMPRENTA DEL BANCO INDUSTRIAL

A CARGO DE D. J. BERNAT.

Costanilla de Santa Teresa, num. 3 —Madrid.—1866.



13



14



15